

«Los Contemporáneos»

Y "LOS MAESTROS"



LA LOCA DE LA CASA

ACTOS TERCERO Y CUARTO

Comedia de D. BENITO PÉREZ GALDÓS
Ilustraciones de JUAN FRANCES

4 DE JULIO DE 1913

NUM. 236

... EDICIÓN ...
ECONÓMICA 20 cénts.

"LOS CONTEMPORÁNEOS"
Y "LOS MAESTROS"

Revista semanal ilustrada

DIRECTOR GERENTE:

D. JOSÉ DE EBOLEA



SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas. Semestre, 6,50 pesetas.

Año, 12.

Extranjero: Semestre, 10 pesetas.

Año, 18.

Anuncios: pídase tarifa.

Número suelto 30 céntimos

COLDCREAM

VIRGINAL A LA GLICERINA. — El mejor cosmético que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones bien precisas para curar las irritaciones, manchas de la cara, pecas, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, costras grietas de los labios, del pezón, erisipelas, etc. Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, Madrid.

P
I
A
D
O
S

MONTANO

ARMONIOS

Pianos Solodant-Phonola-Ronish. Última creación en Phonolas, Autoplanos y eléctricos. Rollos extranjeros de música de 65, 78 y 88 notas, desde 1,50 á 10 pesetas. Gran Salón de conciertos. Primer servicio para el traslado de Planos.

Calle de San Bernardino, 3.
MADRID

El Ajuar de Casa

FERRETERIA Y QUINCALLA

Especialidad en batería de cocina resistente al fuego. Juegos para lavabos. Varillas para visillos á 0,40 par. Juegos para portiers, todo latón, desde 4,50. Plumeros, jaulas, termos, cerraduras de seguridad.

PRECIO BARATISIMOS

San Bernardo, 53 (Noviciado).

Casa centra: Pex. 20. Teléfono 2.588

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

LA ORTOPEEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

Ortopédico del Instituto Rubio y Hospital de la Princesa.

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415

Fuencarral, 104.

—Instituto Politécnico—
Frankenhansen Ale-
mania.
Enseñanza en la construcción de máquinas en general y para la Agricultura. Electro-Técnica. Arquitectura,

IMPRESOS DE LUJO

Y CORRIENTES

FERRAZ, 82.

"DOMUS AUREA"

39, FUENCARRAL, 41



Vende el calzado más selecto de España.

IMPOTENCIA de AMBOS

SEXOS

Radicalmente curada á toda edad por las

PILDORAS OURANIA

hasta escorbuto. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.

Curación garantida con un solo frasco.

Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire WORDERM,

31, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por correo, plus 12. — Distributor en Madrid: Farmacia GAYOSO Arsenal 2.

en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4 Pasaje del Crédito

LÁMPARA SÓLIDA

DE FILAMENTO ESTIRADO

Consumo: UN vatio

Garantizada

POR TRES MESES

La Orden y Comp.^ª, Atocha, 43

Indices y tapas para el tomo XXVI de

"ALREDEDOR DEL MUNDO"

Impresos de lujo y corrientes

FERRAZ, 82.—MADRID

Academia Misol.

PREPARATORIA PARA INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

Director: FELIX ALONSO-MISOL,

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Pídanse los folletos que contienen instrucciones detalladas. Reglamento y programas.

MAGDALENA, 2, 2.º MADRID

Ref 2
857

BENITO FÉREZ GALDÓS

LA LOCA DE LA CASA

ACTO TERCERO

Sal'a en la fábrica de Santa Madrona.—En el fondo un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce á los talleres.—A la izquierda, dos puertas, por donde se pasa á las habitaciones particulares del director del establecimiento.—A la derecha, paramento ó mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo) desemboca la escalera de madera, por donde se sube desde el campo.—Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa. — En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas.—Mesa y sillas ordinarias.—Es de día.

LLUCH (portero anciano, á Huguet y Jordana que entran por la escalera).—¿El amo...? En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUGUET.—¿Quién estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.—El prior de los Franciscanos.

JORDANA (*Vivamente*).—¿No lo dije...? Me figura la escena, que debió de ser breve, terminada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.—Sí, señor: el amo le echó á cajas des-templadas.

HUGUET.—¿Pero qué...? ¡Ah! la cuestión de los terrenos...

JORDANA.—Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, á las doce hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUGUET.—Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORDANA.—¡Y esperaf que éste...! ¡Pobres cogullas...! (*Soltando la risa.*)

LLUCH.—¿Quiéren que le avise?

HUGUET.—No: esperaremos á que salga. (*Se sienta. Vase Lluch.*) Pues aquí me he refugiado, amigo Jordana, huyendo de la pobrecita Marquesa, que no me deja á sol ni sombra.

JORDANA.—Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUGUET (*Intranquilo*).—Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

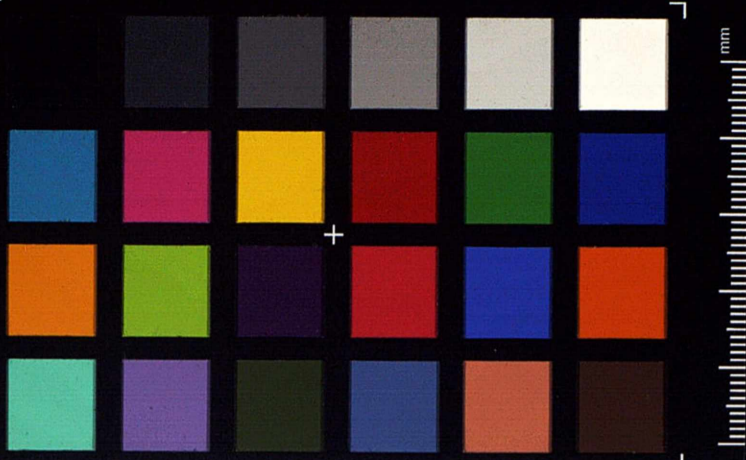
JORDANA (*Acercándose al mirador*).—No: va en retirada. A quien veo es á Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUGUET.—Sí: aguardando á los niños para acompañarles á paseo. Jamás entra aquí.

JORDANA (*Volviendo al proscenio*).—¿Y es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUGUET.—Eso dicen. Lo sentiré por la Marquesa, que bien necesita hoy del trabajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita de Clot, y á todos nos trae locos... "Háblele usted... interceda, por Dios, con el tirano..."

JORDANA.—Más fácil es convertir en almohada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígamelo usted á mí, que me he pasado seis meses colmándole de finezas, tocando los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital... y nada, querido Facundo.

Ref 2
857

BENITO FÉREZ GALDÓS

LA LOCA DE LA CASA

ACTO TERCERO

Salía en la fábrica de Santa Madrona.—En el fondo un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce á los talleres.—A la izquierda, dos puertas, por donde se pasa á las habitaciones particulares del director del establecimiento.—A la derecha, paramento ó mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo) desemboca la escalera de madera, por donde se sube desde el campo.—Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa. — En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas.—Mesa y sillas ordinarias.—Es de día.

LLUCH (portero anciano, á Huguet y Jordana que entran por la escalera.)—¿El amo...? En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUGUET.—¿Quién estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.—El prior de los Franciscanos.

JORDANA (Vivamente).—¿No lo dije...? Me figuro la escena, que debió de ser breve, terminada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.—Sí, señor: el amo le echó á cajas des-templadas.

HUGUET.—¿Pero qué...? ¡Ah! la cuestión de los terrenos...

JORDANA.—Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, á las doce hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUGUET.—Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORDANA.—¡Y esperaf que éste...! ¡Pobres cogullas...! (Soltando la risa.)

LLUCH.—¿Quieren que le avise?

HUGUET.—No: esperaremos á que salga. (Se sienta. Vase Lluch.) Pues aquí me he refugiado, amigo Jordana, huyendo de la pobrecita Marquesa, que no me deja á sol ni sombra.

JORDANA.—Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUGUET (Intranquilo).—Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

JORDANA (Acercándose al mirador.) No: va en retirada. A quien veo es á Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUGUET.—Sí: aguardando á los niños para acompañarles á paseo. Jamás entra aquí.

JORDANA (Volviendo al proscenio).—¿Y es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUGUET.—Eso dicen. Lo sentiré por la Marquesa, que bien necesita hoy del trabajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita de Clot, y á todos nos trae locos... "Háblele usted... interceda, por Dios, con el tirano..."

JORDANA.—Más fácil es convertir en almohada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígame usted á mí, que me he pasado seis meses colmándole de finezas, tocando los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital... y nada, querido Facundo,

no ha sido hombre para decir: "Jordana, ahí tiene usted diez mil duros, quince mil duros, para que el pueblo se acuerde de mí."

HUGUET.—Aparte de eso, seamos justos y reconozcamos en este hombre una capacidad administrativa de primer orden.

JORDANA.—Lo reconozco. El infierno está empedrado de capacidades administrativas.

HUGUET.—En fin, me da el corazón que de esta hecha saca usted alguna tajadita.

JORDANA.—¡ Ah! ¡ Pues si me resultara la que le tengo armada!

HUGUET.—¿ Qué?

JORDANA.—Pasado mañana celebro en mi hospital una gran fiesta, entre religiosa y mundana, con su poquito de gori-gori, su poquito de recepción...

HUGUET.—¿ Y baile?

JORDANA.—Hombre, no: baile, no; pero habrá *lunch*. En fin, conviene combinar lo espiritual con lo profano. Agua bendita por un lado; por otro algo de *champagne*. Ya sabe usted que bautizamos á mi último hijo.

HUGUET.—¿ Qué número alcanza?

JORDANA.—Es el décimosexto en la serie de los nacidos.

HUGUET.—Hombre, es usted único para poblar el mundo. De usted se dirá como de don Juan de Robles: "Fundó hospitales, erigió suntuosos asilos... y primero hizo la humanidad."

JORDANA.—Eso es... Pues bien: gran fiesta. El prior de los Franciscanos administrará el Sacramento. Victoria será la madrina. Naturalmente, Cruz irá. He invitado á todo el señorío de Santa Madrona: enseñaré las dependencias del edificio, las grandes mejoras que allí se han ido realizando...

HUGUET (*Con sorna*).—¿ Y espera usted que Cruz se enterezca?

JORDANA.—Como que pronunciaré un discurso, en el cual pienso llamarle la primera figura histórico-social de Santa Madrona, el hombre, designado por la Providencia para...

HUGUET.—¡ Pero qué inocente es usted!

JORDANA.—Y una Comisión de señoras le pedirá que continúe las obras, y las niñas entonarán un himno, en que digan...

HUGUET (*Riendo*).—Calle usted. ¡ Valiente caso hace éste de coros infantiles y de damas pedigrüñas! Nada, Jordana: lo mejor es...

JORDANA.—Aquí viene.

CRUZ (*que viene de los talleres por el pasadizo del fondo*).—Señores...

JORDANA (*Saludando con servilismo*).—Amigo Cruz, celebro que no haya novedad en esa preciosa salud.

CRUZ.—Igualmente.

JORDANA.—No olvide usted que pasado mañana le secuestro.

CRUZ.—Iré un rato, si puedo. En todo caso, Victoria me representará.

JORDANA.—No, no. Usted tiene que ir... ¡ Pues no faltaba más! Allí reuniré la flor y nata de Santa Madrona. No olvide usted que el pueblo que represento tiene los ojos fijos en su ilustre hijo, la más grande capacidad industrial y administrativa que nos ha dado Cataluña en lo que va de siglo.

CRUZ.—Quieto el incensario. Pero si la primera capacidad industrial es usted... ¡ Un hombre que da un producto bruto de diez y seis hijos en catorce años!

JORDANA.—Y muy guapos. Gracias á Dios, me viven doce. Vamos, señor de Cruz, confiese usted que me tiene envidia.

CRUZ.—Sí que la tengo... Quisiera yo...

JORDANA.—No se apure... que ya vendrán...

CRUZ.—Dispéñeme un momento. (*Queriendo hablar á solas con Huguet*.)

JORDANA (*Apartándose*).—Sí, sí: traten ustedes de negocios. A ganar dinero. Por ahí, por ahí se empieza... y luego á acuñar la generación que ha de gastarlo...

HUGUET (*Aparte á Cruz*).—Dos telegramas para usted y una carta. (*Entrégale estos objetos y aguárda un instante á que los examine rápidamente*.) Hoy he comprado, como usted me dijo, á 87,50.

CRUZ (*Guardando los telegramas y cartas*).—Bien: mañana siga usted comprando. Puede llegar hasta 75.

HUGUET.—Corriente... ¿ qué más? (*Saca un librito de apuntes*.) ¡ Ah! Pons Hermanos quieren que les descuento usted pagará á noventa días, por pesetas cien mil y pico.

CRUZ.—Con la garantía de Fexá, no hay inconveniente.

HUGUET (*Disponiéndose á apuntar con su lápiz*).—¿ Qué descuento?

CRUZ.—A razón de veinte por ciento al año... Pues tres meses... (*Calculando*.)

HUGUET.—Les parecerá mucho.

CRUZ.—Pues que lo dejen.

HUGUET (*Volviendo á consultar el librito*).—Bueno; y por último... ¿ por cuánto se suscribe usted para las victimas...

CRUZ (*Con gran extrañeza*).—¡ Víctimas...! suscripción...! ¡ yo...!

HUGUET.—Ya sabe usted... El horroroso incendio que ha dejado en la miseria á tantas familias... Todo el comercio y la banca de Barcelona contribuyen...

CRUZ.—¡ Tontería! Aquí no hay más víctima que yo. Soy mi propia víctima... y ya me he socorrido.

HUGUET (*Guardando el libro*).—Pues nada más... ¿ No me manda usted otra cosa?

CRUZ.—Nada más. (*Recordando*.) ¡ Ah! ¿ quiere usted llevarse ese pico?

HUGUET.—¿ Lo del carbón? Es mejor que se lo dé usted á mi primo Silvestre Rius. Es cosa de él.

CRUZ.—Pues dígame que venga á cobrar esta tarde. Dejaré puesto el talón.

HUGUET.—Bien.

CRUZ (*A Jordana*).—Perdóneme. Tengo mucho que hacer hoy.

JORDANA.—No me iré sin hablar con Victoria, para ponernos de acuerdo en ciertos detalles...

CRUZ.—Mal día es hoy.

JORDANA.—¿ Por qué?

CRUZ.—Como hoy han vuelto Gabriela y Jaime de su viaje de novios, no me parece oportuno... En fin, señores, tengo mucha prisa. (*Vase por la izquierda, segundo término*.)

GABRIELA (*Entrando primer término izquierda, acompañada de Victoria*).—¿ Y los nenes?

VICTORIA.—No tardarán en venir por acá. (*Asómándose por la derecha*.)

GABRIELA.—¿ Siguen en casa?

VICTORIA.—Sí: me los traen acá dos veces al día.

GABRIELA.—¿ Qué ganas tengo de comérmelos á besos...! Con que cuéntame. (*Sentándose las dos en el proscenio*). ¿ Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz?

VICTORIA.—¡ Ay, sí! Cuando me casé... cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GABRIELA.—La verdad... todos esperaban de ti mayor influencia sobre tu tirano... que le modificaras poquito á poco.

VICTORIA.—¡ Modificar! (*Con tristeza*). ¡ Ah, lo intento! ¡ Empresa magna! Figúrate que te propo-

nes abrir un túnel de ferrocarril con la punta de una aguja... Cierta que cumple con la Iglesia, por compromiso que contrajo conmigo... por fórmula, sin fe... como se cumplen las reglas de policía urbana; es decir, que Dios viene á tener para él una significación semejante á la del Ayuntamiento.

GABRIELA.—¡Qué hombre...! ¿Acaso te trata mal?

VICTORIA.—Eso no: conmigo es afectuoso... á su manera... No deja de serlo sino cuando se interpone el maldito interés.

GABRIELA.—¿Y tú...?

VICTORIA.—¿Yo... qué?

GABRIELA.—¿Le quieres...?

VICTORIA.—Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar! No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia ha pasado por tremendas luchas y desfallecimientos horribles. Al principio, asustóme la aversión terrible que me inspiraba. Mi alma perdió toda seriedad; creí que el demonio me había cogido en sus garras feroces, y que lo que yo miraba como acto heroico era una tremenda caída... Después, mis sentimientos han ido variando poquito á poco.

GABRIELA.—¿Y ya no te inspira aversión?

VICTORIA.—Ninguna... Algo así como lástima piadosa... Le miro como á un niño.

GABRIELA.—¡Vaya un bebé!

VICTORIA.—Y, la verdad, no me gusta que le pase nada malo.

GABRIELA.—Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija, ahí tienes el milagro: sólo que en vez de realizarse en él, se va realizando en ti. ¿Y puedes mirarle cara á cara?

VICTORIA.—Me voy acostumbrando.

GABRIELA.—¿Y soportas su tosquedad, su falta de delicadeza?

VICTORIA.—Por grados á todo se llega... figúrate... Procediendo gradualmente, puede una usar, como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GABRIELA (Riendo).—¡Qué cosas tienes!

CRUZ (que entra por la izquierda en mangas de camisa, con una blusa en la mano, mostrando un rasgón en la manga).—Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

GABRIELA (Con desabrimiento que no puede vencer).—Sí... ¿Y qué tal?

CRUZ (A Victoria).—Dame la otra.

VICTORIA.—Si no se ha lavado.

CRUZ.—No importa.

VICTORIA.—Espera un poquito. (Sale por la izquierda.)

CRUZ.—¿Y Jaime...? ¿Qué tal? ¿Gana dinero?

GABRIELA.—No tanto como usted... pero viviremos... (¡Qué vil! No piensa más que en los miserables cuartos.)

CRUZ (Abriendo el armario de las herramientas y cogiendo de él algunas).—Sí: hay que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra ó en las de la sociedad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo antes que lo descubran otros... y después guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape... (Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella, Gabriela lanza un chillido.) Qué... ¿se asusta usted?

GABRIELA.—Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

CRUZ.—Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fio.

VICTORIA.—Aquí está. (Dándole la blusa.)

CRUZ.—Venga. (Se la pone.) Sospecho que hay comunicación entre las vigas del faldón del tejado y la chimenea de las muelas... (Por Gabriela.) Esta se asusta... No sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tra tar más que señoritos... ilustrados!

GABRIELA.—(¡Qué horror de hombre!)

CRUZ (Recordando).—¡Ah!... antes tengo que hacer otra cosa. (Deja el hacha arriada á una silla, y se va por la izquierda.)

GABRIELA (Cruzando las manos).—¡Herma-

na querida, no puedo expresar cuánto te compadezco...! ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que los sobrinillos alegran un poco tu tristísima vida!

VICTORIA.—Sí, son mi consuelo.

GABRIELA.—Te distraen.

VICTORIA.—Me distraigo con ellos, y además con otra cosa.

GABRIELA.—¿Con qué?

VICTORIA.—Te vas á reír...

GABRIELA (Con mucha curiosidad).—Dímelo.

VICTORIA.—Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GABRIELA (Comprendiendo).—Ya.

VICTORIA.—Llevo toda la contabilidad menuda



de los talleres y de la casa. Me ha impuesto esta obligación, y la cumplo sin gran esfuerzo.

GABRIELA.—Hermana mía, déjame, déjame que te compadezca más y que te admire. Tu vida es más árida y penosa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICTORIA.—No tanto... Si vieras... La pícara administración tiene sus encantos. Mi rosario y los números son mi entretenimiento. Pasando cuentas, se me van las horas, y á la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito: el del espacio donde se ven flotar las cosas divinas.

GABRIELA.—¡Ay, Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa, ó no sé lo que eres. Con tal vida, y al lado de ese adefesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre Marquesa...

VICTORIA.—¡Ah...! no me digas... ¡Qué pena!

GABRIELA.—¿Pero es posible que tú...?

VICTORIA.—Le he dicho cuanto hay que decir... todo inútil. ¡Hombre extraño! Su exactitud á toda prueba tiene ese horrible contrapeso: la inflexibilidad con el infeliz que no puede cumplir. Ni á su padre perdonaría, ni á mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo, cuanto más á tu suegra.

GABRIELA.—Ya sé que nos aborrece, como aborrece á todo el género humano. Es muy triste que tú, su mujer, no puedas... (*Recriminándola.*) No, no eres su esposa: eres su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de esa administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. (*Levantándose.*) No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICTORIA (*Sintiéndole venir.*)—Calla.

CRUZ (*que entra vestido de blusa y con botas de agua. A Victoria.*)—Mira, este talón se lo das á Silvestre Rius, el primo de Hugueta, que vendrá por él esta tarde.

VICTORIA (*Toma el talón y lo mira.*)—(Cincuenta y nueve mil... (*Lo guarda en el bolsillo de su delantal.*))

CRUZ.—Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la Fábrica...

VICTORIA.—Bien. ¿Vienes pronto á comer?

CRUZ.—No sé el tiempo que me entretendrá por ahí arriba. Si tardo, me mandas la comida en la fiambrera.

VICTORIA.—Pero, hombre...

CRUZ.—Lo primero es lo primero. (*Coge el hacha y un lío de cuerdas, y vase por el fondo.*)

VICTORIA (*Después de una pausa, en que está profundamente abstraída.*)—¡Ah... la siento... sí!

GABRIELA (*Asustada.*)—¿Qué?

VICTORIA (*Con cierto desvarío.*)—¡La ráfaga... eso que me da... lo que llamo la inspiración, el impulso misterioso, no, divino, de mis resoluciones...! Como siempre me salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios.

GABRIELA.—No te entiendo.

VICTORIA.—Hablaré un lenguaje claro, tan claro que... (*Saca el talón y se lo da.*) Toma.

GABRIELA (*Sin resolverse á tomarlo.*)—¡Victoria...!

VICTORIA (*Rápidamente.*)—Sí: la loca, la visionaria, como dice tu marido, siente otra vez el chispazo que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad á los actos audaces y decisivos. Dale esto á Florentina. Añadiéndolo á lo que ha reunido, tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GABRIELA (*Asustada.*)—Pero...

VICTORIA.—No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GABRIELA.—¿No temes...?

VICTORIA.—No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Léveselo corriendo á Florentina.

GABRIELA.—¡Ay, no sé qué temor me sobrecoje...! (*Decidiéndose al fin á tomarlo.*) En fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. (*Se asoma á los cristales de la derecha.*) ¡Ah! los chiquillos. (*Con alegría.*) ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICTORIA (*Asomándose también.*)—Sí. suele acompañarles al campo. Verás cómo se despiden de la puerta. Jamás entra aquí.

GABRIELA.—¡Pero qué mona está Mercedes! (*Mirando y saludando con el pañuelo.*) ¡Y Aurorilla, qué espigada...! Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICTORIA.—Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GABRIELA.—¿Suben por aquí?

VICTORIA.—No: entran en el comedor por la galería baja.

GABRIELA (*Impaciente.*)—Pues vamos allá.

VICTORIA.—Sí; pero no olvides eso.

GABRIELA.—¡Ah!... sí... el talón... Voy...

VICTORIA (*Mirando otra vez.*)—Ahí tienes á Daniel... Pero ya se va... Mira.

GABRIELA.—Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero...?

VICTORIA.—Llámale.

GABRIELA.—Daniel, Daniel... (*Señalando afuera.*) Ya vuelve la cara... Ya me ha visto... (*Llamándole.*) Ven, sube.

VICTORIA.—Allá te espero. (*Vase por la izquierda.*)

DANIEL (*Desde la escalera, como sin atreverse á entrar.*)—¿Qué me quieres?

GABRIELA.—Corre; dale á tu mamá esto. (*Pone el talón en un tarjetero ó carterita, sujeta en un elástico, y se lo entrega.*)

DANIEL.—¿Y qué es esto?

GABRIELA.—No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone la pobre.

DANIEL (*Receloso.*)—¿Victoria... Victoria te lo ha dado?

GABRIELA.—Sí.

DANIEL.—Quizás sin consentimiento de su marido...

GABRIELA.—Eso no cuenta tuya... Anda.

DANIEL.—Está bien.

GABRIELA.—No te entretengas... Me voy á ver á mis sobrinitos. (*Vase por la izquierda.*)

DANIEL.—¡Y mi madre acepta esto! ¿Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama á la puerta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. (*Con desaliento. Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.*) No sé qué tufo del infierno se respira en este caserón guardado de la fiera rapaz y sanguinaria... No sé cómo Victoria... (*Asaltado de una idea penosa.*) ¡Ah! mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprendible matrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y... ¡Más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas de boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir...! (*Con sarcasmo.*) ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fe, cuando anhelaban el martirio pedían á Dios que les deparase un verdugo; jamás le pidieron un marido... (*Confuso.*) No sé, no sé qué mujer es ésta; y cuando quiero tenerla por sublime, se ofrece á mis ojos como la más vulgar de las criaturas. (*Meditando.*) ¡Quién sabe...! Sí... sí... lo que digo: se dejó contaminar del mal de la época, del

infame positivismo... ¡Oh! esta idea remueve en mí sedimentos que creí estancados, inertes, en el fondo de mi ser... (Pausa.) Dinero del ricoavariento, del que no ama, del que no compadece, del que impasible ve rodar ante sí la miseria y el dolor; materia vil, instrumento de iniquidades, no me quemarás mucho tiempo las manos... Se lo devuelvo para que vea si ella vende su conciencia, nosotros no... No podemos... (Mirando por la izquierda.) Quisiera verla para darle esta tremenda lección... No me atrevo á penetrar allá...

LLUCH (Entrando presuroso por el fondo.)—¡El amo...!

DANIEL.—¡Que no me vea el maldito... Salgamos. (Vase apresuradamente. Antes que desaparezca, entra Cruz por el fondo y le ve bajando la escalera.)

CRUZ (Con el hacha en la mano, el rostro tiznado y encendido; Lluch, que se va por la escalera, vuelve poco después.)—Antes salió la madre, y ahora el hijo... como huyendo de mí... (Deja el hacha sobre la mesa.) Ella es una intrigante, y él un redomado hipócrita. (Comprendiendo.) Sin duda, aprovechando mi ausencia, quieren explotar la fácil compasión de mi mujer. (Vivamente.) Sí: ya lo veo claro... Vividores, trápalas, generación mendicante y petardista... ¿Pero mi mujer estaba aquí con ellos? No la vi... (Entra Lluch. Lluch, la señora, ¿dónde está?)

LLUCH.—En el comedor, con la señorita Gabriela y los niños.

CRUZ.—Dile que venga. (Vase Lluch por la izquierda.) Endiablada sospecha me muerde el corazón... ¿Sería capaz Victoria de...? ¡Espantosa idea! Nada: quiero confirmarla ó desecharla al instante. (Aparece Lluch por la izquierda, y se dirige á la escalera.) Oye, tú... (Acércase Lluch.) ¿Viste salir á esos...?

LLUCH.—Sí, señor. La madre iba llorando... disputaban. Luego se separaron... Siguió la señora en dirección á la torre, y el hijo se ha quedado ahí, y se pasea por la alameda, detrás de las cajas vacías de silicato, como aguardando una ocasión de volver.

CRUZ.—Estate por ahí, fingiendo ocuparte en cualquier cosa, y vigílate con disimulo. No te alejes por si te llamo.

LLUCH.—Bien, señor. (Vase Lluch.)

CRUZ.—La traidora sospecha se agarra á mí, me pica, me taladra, como un insecto que quiere labrar su casa dentro de mí... y me va comiendo y horadando... y horadándose y comiendo. (Inquieto y con fiereza.) Siento en mí la crueldad de mis tiempos de lucha... Bien venida sea. Así me gusto más, porque me reconozco en mí ser efectivo. Me pesa, sí, me pesa haberme dejado inclinar á ciertas blanduras de carácter... ¡Si es lo que digo! Dondequiera que entra una hembra, sobre todo si es mestiza de ángel y mujer, se trastorna la armonía humana, desaparece la estricta rectitud, y los malos pagadores sacan los pies del plato.

VICTORIA (Entrando presurosa.) ¿Pero ya concluíste?

CRUZ (Disimulando.)—Si no he podido empezar... Traté de meterme en uno de los hornos; pero están aún muy calientes. Por poco me abra-so. (Mostrando sus manos y cara.)

VICTORIA.—¿Quieres lavarte?

CRUZ.—Ahora no. Estoy echando fuego.

VICTORIA.—Bien se ve. Tu cara despide lumbre.

CRUZ.—Estoy horrible, ¿verdad?

VICTORIA.—Horroroso.

CRUZ.—Mejor. (¡ Si me vieras por dentro.)

VICTORIA.—¿Quieres tomar algo?

CRUZ.—Dame vino. Necesito refrescar mi sangre.

VICTORIA.—Echándole más fuego... Voy.

CRUZ (Deteniéndola.)—Dime: ¿quién ha estado aquí mientras yo...?

VICTORIA.—¿Aquí? No sé: no he visto á nadie.

CRUZ.—Tráeme el vino. (Sale Victoria por la izquierda.) Me engaña. Ya me iba yo acostumbrando á no temer su santidad, á mirarla como un juego infantil, una monada, vamos... Pero si me vende con sus arrumacos de criatura celestial... no sé lo que haría... Creo que se me quitará el amor que le tengo... sí... se me quitará. Y si no se me quita, me lo quitaré yo, me lo arrancaré...

VICTORIA.—Aquí tienes. (Deja sobre la mesa botella y vaso.) No bebas mucho.

CRUZ (Llenando el vaso.) No te vayas... Tengo que hablarte.

VICTORIA.—¿Qué quieres?

CRUZ.—El talón que te di... (Bebe tranquilamente.)

VICTORIA.—(¡ Jesús sea conmigo!)

CRUZ.—¿Ha venido Rius por él?

VICTORIA.—No.

CRUZ.—Pues devuélvemelo.

VICTORIA (Después de una pausa, en la cual recobra su serenidad.)—No lo tengo.

CRUZ.—¿Que no lo tienes!

VICTORIA.—No. Bien claro te lo digo.

CRUZ.—¿Con toda esa frescura? ¡Ah, me lo temí! Has dado el talón á esa familia de intrigan-tes y santurriones para que puedan seguir burlándose de las leyes, poseyendo lo que por sus desórdenes deben perder.

VICTORIA (Con resolución.)—Se lo he dado á esa valerosa mujer, á esa heroína, para que se defendiera de tu codicia infame.

CRUZ (Con violencia, que quiere dominar.)—¿Cómo se llama lo que has hecho?

VICTORIA (Con firmeza.)—¡Justicia!

CRUZ (Con sarcasmo.)—¡Justicia...! ¡Y esa manera de entenderla es lo que, según tus ideas, debemos llamar santidad...?

VICTORIA.—Da'e el nombre que quieras. (Con perfecta entereza.) Lo que hice... bien hecho está. Somos ricos, y todo nos sobra. Florentina es pobre, y todo le falta. Dios me ha inspirado este acto, y ha querido, por mediación de la loca de la casa, confundir tu soberbia y castigar tu brutalidad.

CRUZ (Levantándose airado.)—¿Y me lo dices así? ¿No tiembles?

VICTORIA.—¡Temblar yo! No me conoces. ¿Qué puedes hacerme? Quitarme la vida, esta vida que... con decir que te la dado, se dice lo pcco que vale... Mátame. Preparada estoy. Bien cerca tienes el arma.

CRUZ.—¡Victoria! (Vacilando entre la fiereza y la confusión ó desconcierto de la voluntad.) Bien sabes tú que no he de matarte. ¿A qué te haces la víctima heroica? (En tono severo.) En fin, cabeza destornillada, imaginación enferma, reconoce que has cometido una grave falta, y disponte á restituirme lo que me has quitado.

VICTORIA.—¿Restituir? No: está en buenas manos.

CRUZ (Descomponiéndose.)—No sé cómo tengo calma. Yo te mando que vayas en busca de esa vieja embaucadora y le digas que te equivocaste... Aún será tiempo. (Victoria hace signos negativos con la cabeza.) ¿No...? ¿No me obedeces?

VICTORIA.—En esto no puedo.

CRUZ (Amenazador.)—Pues yo te juro que así no quedará... No mereces mi cariño, no lo mereces: debiera aborrecerte... como tú á mí.

VICTORIA.—Yo no te aborrezco. Mi Dios me

prohíbe el odio. Tú no comprendes esto, alma petrificada en el egoísmo. Tú no quieres á nadie: te adoras á ti propio, contemplándote en el espejo de tu riqueza.

CRUZ (*Después de dar vueltas por la escena, como aturdido.*)—No es eso, no. Oyeme... Ya sabes... te lo he dicho mil veces en nuestros colo-

lo sabes. Eres la única persona que ha despertado en mí un sentimiento... ¿cómo llamarlo? no sé. Soy muy torpe para encontrar términos de galantería. Pero el cariño que te tengo no disminuye la otra pasión, la principal, la madre, sino que más bien la fortifica. Amo mi dinero por mí, por ti, y por los hijos que has de darme.



quios íntimos: la riqueza es en mí la pasión dominante, el ser de mi ser. Nada puedo contra esa pasión. ¿Será por ley de mi naturaleza? ¿Será por el vicio adquirido con la virtud del trabajo? No sé más sino que soy como soy. Y si alguien me quita lo mío, pareceme que el cielo se desploma, y la idea de perdonar se me representa como una negación de mí mismo... Fuera de esto, yo te quiero: bien

VICTORIA.—No te los daré... ¡Perpetuar tu raza! Dios no lo consentirá.

CRUZ (*Airado y receloso.*)—No me lo digas, que me vuelves loco. Todo menos eso, Victoria. (*Cogiéndole la mano y sacudiéndosela con fuerza.*)

VICTORIA.—Suéltame.

CRUZ.—Pues no me quites la ilusión que me alienta...

VICTORIA.—¡Imposible cegar el abismo que se abre entre nosotros! (*Llorando.*) ¡Si tú aprendieras á ser compasivo, si tu corazón perdiera esa insensibilidad marmórea y llegaras á curarte del estúpido orgullo de poseer, y poseer, y poseer...!

CRUZ (*Interrumpiéndola.*) — Imposible, imposible. Porque si desapareciera del mundo el oro y la plata, y volviéramos al estado salvaje, yo, José María Cruz, sería siempre el mismo: con cuatro piedras y un par de troncos constituiría nueva propiedad al instante, y con rugidos, dentelladas y zarpazos de fiera, la defendería de quien intentara quitármela. No te empeñes en que yo sea de otro modo que como soy... Sométete y no me prediques más, ni trates de corregirme... (*Bruscamente.*) Ea, díles que te devuelvan el talón... Ve... pronto, antes que vayan á cobrarlo...

VICTORIA.—No puede ser.

CRUZ (*Con fiereza.*)—¡Te lo mando!

VICTORIA.—Si sabes que no te temo, ¿á qué esos rugidos?

CRUZ.—¡Ah! te casaste conmigo sin amor, por el vil interés, como decís los beatos...

VICTORIA.—¡Y me lo echas en cara! Pues bien: reconozco que es cierto. Me casé contigo... porque eras millonario... nada más que por eso. Ya ves si soy franca. Fué una locura, una genialidad. Llévome hacia ti... ¿Te lo digo? ¿Quieres conocer hasta los últimos repliegues de mi pensamiento...? Arrastróme hacia ti una vaga aspiración religiosa, y además de religiosa... (*Buscando la palabra.*)

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA (*Encontrando la palabra.*)—Socialista... como tú dices... la idea de apoderarme de ti, invadiendo cautelosamente tu confianza, para repartir tus riquezas, dando lo que te sobra á los que nada tienen... para ordenar las cosas mejor de lo que están, nivelando, ¿sabes? nivelando...

CRUZ (*Con violencia.*)—Cállate, no me provocas... Si eso fuera verdad, tendría que exterminarte...

VICTORIA.—Pues empieza ya tu obra de exterminio... Dime: fuera de mi locura de hoy, ¿tienes alguna queja de mí?

CRUZ.—Ninguna. Pero ésta es atroz, horrorosa...

VICTORIA.—Déjame seguir. ¿Te he dado motivos de celos?

CRUZ (*Receloso.*)—¿Por qué me lo preguntas?

VICTORIA.—Por preguntarlo.

CRUZ.—Pues hasta hoy no... Hoy sí... Te miraba como una mujer exceptuada de las flaquezas humanas. (*Después de mirarla atentamente á los ojos es asaltado de violenta zozobra.*) Dime, dime lo pronto. Mientras yo estaba en la fábrica, ¿hablaste con la Marquesa y con su hijo? Ellos de aquí salían.

VICTORIA.—Te he dicho que no les vi.

CRUZ.—Antes creía en tu palabra. Ya no. La verdad, quiero la verdad. ¿Ese beato ha estado aquí alguna vez?

VICTORIA.—No recuerdo...

CRUZ.—¡También desmemoriada! Me hieres en lo más vivo... Yo te quiero, yo te quise...

VICTORIA.—¡Celos tú!... Si en tu corazón no hay más que una fibra sensible: la que te duele cuando no cobras.

CRUZ.—No, no, que hay más... hay otras, que también me duelen... Y en tu conducta se juntan dos agravios, y los dos van derechos al corazón... Me sustraes mi propiedad para dársela... ¡á quién...! ¿Qué es esto? Explicámelo... Te creí pura; ya no... Dudo... ¿Cómo no dudar? ¡Desdichada arrodíllate delante de mí y pídemme perdón! Devuélveme lo que me quitaste. (*Con desvarío brutal.*) Pruébame que desprecias á ese hombre...

(*Cogiéndola por los hombros la sacude violentamente.*) Victoria, que me trague ahora mismo la tierra si no hago un escarmiento horrible, una justicia de éstas que satisfacen por entero... Debo defenderme, debo castigarte debo corregirte, debo...

VICTORIA (*Sofocada, logrando desasirse.*) — ¡Ay...! espera, oye.

CRUZ.—¿Qué... te disculpas...? ¿Confiesas tu delito?

VICTORIA.—¡Delito... disculparme! ¿De qué, si soy inocente? Sólo te digo que he mandado el talón á la Marquesa, y que nada me importa su hijo.

CRUZ.—¡Me engañas...!

VICTORIA.—Puedes creerlo ó no, según te acomode.

CRUZ.—Buscaré la verdad... (*Llamando.*) A ver, Lluch! ¿Está ahí todavía?

LLUCH (*En la escalera.*)—Sí, señor. Rondando por la alameda, como si esperara...

CRUZ.—Dile que la señora le suplica que suba... Pronto... (*Vase Lluch.*)

VICTORIA (*Asustada.*)—¿Qué haces?

CRUZ.—Una idea, una idea feliz... Soy yo muy ingenioso... ¿Qué es eso? ¿Te turbas?

VICTORIA.—¿Turbarme...? No.

CRUZ (*Repitiendo con sarcasmo las anteriores palabras.*)—"La señora le suplica que suba." ¿Qué tiene eso de particular? Así sabremos lo que quiere ese bendito.

DANIEL (*Por la escalera, deteniéndose sorprendido.*) ¡El aquí! ¡Una emboscada!

VICTORIA.—(Que hablen... Mejor...)

CRUZ.—Mi mujer y yo le hemos llamado...

VICTORIA.—Yo no... tú.

CRUZ.—Pues yo... Parecióme que acechaba usted mi salida para entrar...

DANIEL.—Así era, en efecto.

CRUZ.—¡Lo confiesa! Yo no me como la gente.

DANIEL.—A'gunos creen que sí.

CRUZ.—¿Qué?

DANIEL.—Eso... que se la come usted.

CRUZ.—Voces que hacen correr los tramposos insolventes. En fin, yo quiero saber qué viene usted á buscar á mi casa.

DANIEL.—Deseaba hablar con su señora.

CRUZ.—¿Y por qué no entraba usted estando yo, y delante de mí le decía...?

DANIEL.—Porque no era usted á quien tenía que hablar, sino ella.

VICTORIA.—(Concluyamos esto.) Daniel quería darme las gracias por el favor que hice á su mamá.

DANIEL.—Era eso... y algo más.

CRUZ.—¿A ver?

DANIEL.—Después de dar las gracias, pensaba decir á Victoria que no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

CRUZ (*Burlándose.*)—¡Oh, cuánta diñidad! Teatral está el tiempo. Y con toda esa gazmoñería se guardan el dinero.

DANIEL.—No, señor: aquí está el talón... lo devuelvo. (*Victoria se abalanza para estorbar el movimiento de Cruz, que toma la cartera.*)

VICTORIA.—¡Ah, no consiento...!

CRUZ.—Pues lo tomo. (*Examinándolo con febril presteza.*) Esto me gusta, joven... Bien, bien... Usted me prueba que...

VICTORIA (*Con mucha energía.*)—José María, respeta lo que hice... No aceptes la devolución... ¡Yo lo quiero, yo lo mando!

CRUZ.—Pero si él...

VICTORIA.—No importa... Dáselo... insiste.

CRUZ (*Con humorismo villano.*)—Hija, yo se lo daría de buena gana... pero ya ves... un joven tan

digno y tan... religioso... y tan escrupuloso... de fijo no querrá.

DANIEL.—En efecto, no lo tomaré.



VICTORIA (*Airada.*)—Haz lo que te mando. Ofréceselo al menos.

CRUZ (*Vacilando.*)—(Si no fuera más que ofrecerlo... Pero ¿y si lo toma...? Por si acaso...) (*Guarda la cartera.*)

VICTORIA.—¿No?

CRUZ.—No.

VICTORIA.—Pues ha llegado el momento de poner en práctica una de las condiciones estipuladas.

CRUZ.—¿Cuál?

VICTORIA.—Ha surgido entre nosotros una desavenencia grave, me has ofendido groseramente no aprobando una resolución mía; y como la vida me es imposible á tu lado, me marchó de tu casa, me separo de ti.

CRUZ.—¿Te vas...? Bien... Ya entiendo...

VICTORIA.—Así se convino. No hay más que hablar. Me retiro al lado de mi padre.

CRUZ (*Estallando en cólera.*)—Esto es una intriga, fraguada entre mi mujer y estos aristócratas arruinados. (*Por Daniel, con desprecio.*) ¡Complot infame contra mi propiedad y contra mi honor...! Ya lo veo. (*A Victoria.*) No te defiendas... Y usted, hipócrita; usted que con su máscara de religión se acerca traidoramente á mi hogar para meter en él la discordia y el escándalo...

VICTORIA (*Cortándole la palabra.*)—¡Calla, no ofendas á quien no puede responderte con el mismo lenguaje!

DANIEL.—Que diga lo que quiera.

CRUZ.—Digo que usted y su madre se han propuesto deshonrarme, ya que arruinarme no pueden. Fácilmente engañan con su mojigatería á estos desdichados, pero á mí no. ¡Raza famélica, carcoma de la sociedad...!

DANIEL (*Conteniéndose con gran esfuerzo.*)—Me insulta usted, porque sabe que mi religión, aunque todavía no me liga con votos solemnes, me prohíbe contestar á sus injurias con otras.

CRUZ (*En el colmo del furor.*)—Pues pídele á tu religión permiso para que yo pueda arrojarte por esa ventana. (*Da un paso hacia él. Victoria le detiene.*)

DANIEL.—Su villanía, por grande que sea, no me hará olvidar...

CRUZ (*Con escarnio despreciativo.*)—¡Clérigo... vete de mi casa!

DANIEL (*Sin poderse contener, estallando en ira rabiosa.*)—Clérigo, no... Tan hombre como tú... Y ahora mismo... (*Coge el hacha que está sobre la mesa.*) ¡Infernal monstruo, entrega tu vida miserable...! Quiero beber tu sangre, y con ella no aplacarás el odio que te tengo. (*Abalanzándose hacia Cruz, b'andiendo el hacha. Victoria le detiene, sujetándole con sus brazos.*)

VICTORIA.—¡Daniel, por Jesús vivo...!

CRUZ (*Esperando á pie firme.*)—Ven: te espero. (*Daniel deja caer el brazo. Victoria forcejea con él y consigue quitarle el hacha.*)

VICTORIA.—Márchate... pronto...

DANIEL (*Trastornado, vuelve á enfurecerse y trata de avanzar nuevamente hacia Cruz, sin arma.*)—Quiero matarle, pisotearle el alma... ó que me mate á mí.

VICTORIA.—Vuelve en ti.

DANIEL (*Pasándose la mano por los ojos, como despertando de una pesadilla.*)—¡Ah! ¿Qué es esto?

CRUZ.—Déjale. (*Avanzando hacia Daniel. Victoria se interpone para evitar el choque, y empuja á Daniel hacia la escalera.*)

VICTORIA.—Vete... (*A Cruz.*) Atrás... (*Le domina con la mirada. Daniel vacila, quiere retroceder. Al fin se va, tras breve y sorda lucha.*)

CRUZ (*Con violencia.*)—¡Tú tienes la culpa... tú!

VICTORIA (*Con dignidad.*)—Basta... Estoy de más aquí. (*Huye hacia la escalera. Cruz va tras ella; detiéndose perplejo al ver entrar á Moncada.*)

GABRIELA (*Por la izquierda.*)—¿Qué ocurre? ¡Victoria...!

MONCADA.—¡ José María ! (*Entrando con Eulalia por la derecha.*)

VICTORIA.—No ha pasado nada, nada... (*Mirando á su marido con terror.*)

CRUZ (*Reconcentrando su cólera.*)—Nada: que mi mujer, la loca de la casa, curada por mí, recae en su dolencia y quiere abandonarme.

VICTORIA (*Corriendo al lado de su padre.*)—Sí, sí.

EULALIA (*Abrazándola.*)—¡ Pobre víctima, qué á tiempo llego para salvarte !

MONCADA.—Vámonos. (*Mirando con recelo y disgusto á Cruz y á Victoria.*)

VICTORIA.—Vamos. (*Gabriela se une al grupo, y salen todos por la derecha.*)

CRUZ (*Que al verles salir da algunos pasos hacia ellos y retrocede apretando los puños.*)—¡ Se va... ! ¡ De verdad se va ! (*Después de dar vueltas por la escena, como atontado, mira por los cristales de la derecha.*) ¡ Y la dejé partir ! ¡ Y no maté al clérigo... ! ¡ No me reconozco ! ¿ Dónde está mi carácter, dónde mi arrogancia fiera... ? Es que esa maldita santa me ha embrujado, me ha estafado mi personalidad... (*Rabioso.*) Juro por la Cruz de mi nombre, que la recobraré.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Sala baja en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival.—A la derecha, la entrada de la iglesia.—En el lienzo del fondo, á la izquierda, rompimiento de arco ojival que da paso al claustro, del cual se ve una parte.—A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cual se verá, cuando se indique, mesa puesta como para un refresco.—A la izquierda, dos puertas: una de ellas conduce á las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuales se supone están en el sótano.—Mesa y sillas.—Es de día.—Antes de alzarse el telón, oyesse música de órgano, que continúa durante la escena primera.

JORDANA, de frac; dos HERMANAS DE LA CARIDAD;
después LA MARQUESA

HERMANA 1.^a—Todo está dispuesto.

JORDANA.—No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio del buffet. ¿Han traído el champagne y los licores?

HERMANA 1.^a—Sí, señor. (Retíranse. Jordana las llama.)

JORDANA.—Ya saben que á los chicos se les da una merienda...

HERMANA 2.^a—Y un extraordinario á los convalecientes.

JORDANA.—Justo.

HERMANA I.^a—Nada faltará, señor don Manuel. Esté tranquilo. (*Vanse las Hermanas.*)

MARQUESA (*Entrando presurosa é inquieta, como buscando á alguien.*)—¡Ah...! Jordana. ¿Ha visto usted á mi hijo?

JORDANA.—¿Daniel? Sí: en la iglesia entró hace un momento... ¡Pero qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

MARQUESA.—Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger buen puesto.

JORDANA.—Usted lo tiene siempre. Dispénsame, señora Marquesa. Tengo que dar órdenes... (*Mirando por la puerta de la iglesia.*) Ya le tiene usted ahí. (*Vase Jordana por el fondo.*)

MARQUESA (*A Daniel, que sale de la iglesia, poniéndose el sombrero. Calla el órgano.*)—Pronto te has cansado por cierto. El hermoso ritual, que antes era tu delicia, te aburre ya.

DANIEL (*Con desabrimiento.*)—Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué siento, ni qué nueva crisis es ésta porque pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteaer en la fábrica.

MARQUESA.—Horrible, sí. (*Alarmada*); pero sin consecuencias.

DANIEL.—Salvo la gran enseñanza que me ha traído. (*Asombro de la Marquesa.*) Sí: aquel arrebato en que á punto de cometer un homicidio, ha sido para mí revelación del mayor engaño de mi existencia... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse á sí propio... transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial. (*Con efusión.*) Madre querida, necesito revelarte todo lo que siento, todo, todo, hasta lo más horrible.

MARQUESA.—Sí, dímelo todo. Yo te consolaré.

DANIEL.—La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma, según se nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa? yo también. ¿Ella casada? yo demente... y por fin...

MARQUESA (*Asustada.*)—¿Qué quieres decir?

DANIEL.—Que al verla huir de su tirano, pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla á la infidelidad...

MARQUESA (*Horrorizada.*)—¡Hijo mío, tú, tú, tan piadoso... tan bueno...!

DANIEL (*Con exaltación.*)—¿Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión. Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último confin del mundo.

MARQUESA.—¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías á tu madre?

DANIEL (*Después de vacilar.*)—Sí... ya ves cómo no te oculto nada, ni lo más indigno.

MARQUESA (*Llorando.*)—¡Increíble ingratitud!

DANIEL (*Abrazándola cariñosamente.*) No, no temas. Ya no hay peligro.

MARQUESA.—¿Por qué?

DANIEL.—Porque esa palabra, que á las mayores locuras me lanzaría... Victoria no la ha pronunciado (*Con profunda amargura*), ¡ni la pronunciará...! Y esta firme persuasión me convierte en un ser mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir y volver á la vida seglar y ordinaria, al trabajo y á las obligaciones.

MARQUESA.—Eso... eso... ¡Gracias á Dios...! Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar por el Demonio maldito.

DANIEL (*Con profunda tristeza.*)—¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi alma ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

MARQUESA (*Abrazándole conmovida.*)—No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL.—No temas... Debo vivir para ti, madre querida... Verás, verás, cómo me porto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finquita mejor que el Clot.

MARQUESA (*Con amargura.*)—¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL (*Exaltándose.*)—¡Vil, execrable usurero, publicano infame! Si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, a un que sólo sea con su mirar insolente, soy hombre perdido.

MARQUESA.—Por Dios, no me asustes...

hijo: conviene que nos volvamos pronto á Barcelona...

DANIEL.—¡Oh! sí, mañana...

MARQUESA.—Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL.—Sí... Sácame de este suplicio, de este pe'igro inmenso.

MARQUESA.—¿Pero cuándo empieza esto, Jordana?

JORDANA (*Entrando.*)—Son las tres, señora.

MARQUESA.—¿Qué satisfacción sentirá usted al convocar á sus amigos para ceremonia tan bella, en este soberbio edificio...!

DANIEL.—Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz lo termine.

JORDANA.—Las perdí; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. (*En tono confidencial.*) Ya tienen ustedes noticia de la disidencia matrimonial.

MARQUESA.—Sí.

JORDANA.—Yo aspiro á conseguir la reconciliación.

DANIEL.—¡Usted...!



JORDANA.—Sí: me meto á componedor y á diplomático, con la esperanza de que mis buenos oficios se paguen en ladrillo contante y sonante, ó en sillera.

DANIEL.—¡Ay, qué inocente!

JORDANA.—No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente á su mujer... Anoche me le encontré en un estado de locura que daba miedo. Rugía como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en un sin fin de pedazos. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana... á un infeliz capataz que no entendía sus órdenes, le cogió... así... y ¡zas! al estante de remojo.

MARQUESA.—¿Y le tiro?

JORDANA.—Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido á mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL.—Es un castigo del cielo ese hombre.

JORDANA.—Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

UNA HERMANA DE LA CARIDAD (*Entrando por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve mesa puesta como para un refresco.*) Don Manuel, á ver si la mesa está á su gusto.

JORDANA.—Voy en seguida. (*Vase la Hermana de la Caridad.*)

MONCADA (*Que entra por el claustro; después Doña Eulalia y Jaime.*)—Ya estamos aquí.

JORDANA.—¿Y Victoria?

MONCADA.—Con las señoras de Fiol, visitando la sala de Expósitos...

JORDANA.—Corro allá...

MONCADA (*Deteniéndole amistosamente.*)—Una palabra... (*Hablan aparte.*)

EULALIA (*Con Jaime por el claustro.*)—Esto va largo.

JAIME.—Hay bateo para toda la tarde.

EULALIA.—Y á mis sobrinos les da por visitar ahora la sala de Incluseros. No me divierten los chiquillos, ni aun aquéllos que no tienen quien les haga mimos.

MARQUESA (*Saludándola.*)—Eulalia, felices...

EULALIA (*Estrechando la mano á la Marquesa y á Daniel.*)—Me han dicho que este demonio de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

MARQUESA.—Entremos á verla. (*A Daniel.*) Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME.—Yo lo doy por visto.

EULALIA (*Queriendo llevarle.*)—¿Qué dice el in-crédulo, qué dice la Materia?

JAIME.—Que está siempre á disposición de Espí-ritu. (*Le da el brazo. Entran en la iglesia.*)

MONCADA.—¿Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORDANA.—Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

JORDANA.—Quizás puedan verse aquí. Rechazó con malos modos mi invitación... Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir; por supuesto, dándole les seguridades de que no habrá himno, ni memorial presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama mojiganga.

MONCADA.—Dudo que venga, á pesar de ese cambio en el programa.

JORDANA.—Por si acaso, iré á buscarle. (*Mirando su reloj.*) No: ya no puedo. Daré el encargo á mi primo.

JORDANA (*A Victoria, que entra con una Hermana.*)—¡Ah, señora...!

VICTORIA.—¿No está aquí Gabriela?

MONCADA.—¿Pero no fuisteis juntas á ver á los expósitos?

VICTORIA.—Sí; pero allí se nos unieron las de Fiol. Pasamos de sala en sala. Unos bajaban, otras subían. Yo me perdí. Parecióme que Gabriela había bajado al refectorio.

JORDANA.—Ya parecerá.

VICTORIA.—Sor Agustina ha sido tan amable, que además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

HERMANA.—De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, don Manuel?

JORDANA.—Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa, de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICTORIA.—Eso es. Ya me enteraré de todo cuando estemos más despacio.

HERMANA.—Pues con su permiso... (*Saluda y se retira.*)

JORDANA.—Con que... Inspeccionemos el buffet.

VICTORIA (*Sentándose.*)—Cansada estoy de veras.

MONCADA (*Observando que Victoria se lleva la mano á los ojos, mareada.*)—¿Pero qué tienes...? ¿Te sientes mal?

VICTORIA.—No: se me va la cabeza... Me mareo tanto subir y bajar escaleras.

MONCADA.—Tú no están bien. No te has repuesto aún del disgusto del otro día...

VICTORIA.—Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el pataleo del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONCADA.—Me ha contado Jordana que anoche, sentado á la mesa sin probar bocado, su cara tréctica daba compasión.

VICTORIA.—Echaría de menos nuestra conversación amenísima. "Victoria, ¿apuntaste la partida de los moldes...?" "Sí, hijo..." "Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina." Luego hablamos de si el carbón que nos da Rius es peor ó mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, ó del tiempo favorable ó adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero estas vulgaridades crían costumbre, y en el molde de las costumbres nos vaciamos y nos endurecemos.

MONCADA (*Suspirando con profunda pena.*)—(¡Pobre hija de mi alma! ¿Y por mí tomó tan pesada cruz!) Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICTORIA.—Te hablaré como á mi confesor. En los primeros momentos, la separación parecióme un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONCADA.—¿Volverías...?

VICTORIA (*Después de vacilar.*)—Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es vida. Es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy muy guerrera. Peleo, caigo, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con mi bálsamo de Fierabrás, y otra vez á luchar con el gigante.

MONCADA (*Su gran espíritu la salva.*)

VICTORIA.—Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo que hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizás.

MONCADA.—Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la soledad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien á quien atormentar.

VICTORIA.—Y los hay también que no pueden

vivir sin ser atormentados. (*Confusa.*) No sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy claras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alimentan las almas superiores.

MONCADA.—En fin, que por una causa ó por otra, la separación te disgusta.

VICTORIA (*Levantándose.*)—Y aún no conoces todas las razones que me mandan volver allá.

MONCADA (*Sorprendido.*)—¡Otras razones! Díme, as.

VICTORIA (*Con cierta cortedad.*)—No... ahora no... (No me atrevo... Gabriela ha quedado en decirselo.)

GABRIELA (*y una señora, aparecen por una de las puertas de la izquierda.*)—¿Pero dónde te metes. Buscándote hace media hora.

VICTORIA.—Pero si os perdisteis... Digo, me perdí yo.

GABRIELA.—Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

SEÑORA.—¡Y qué despensa! No ha visto usted cosa igual. (*Avanzan las dos en la escena.*)

GABRIELA.—Ven, ven.

MONCADA.—Está fatigada. Dejadla.

VICTORIA.—Iré si hay tiempo.

SEÑORA.—Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GABRIELA (*Señalando á la puerta.*)—Por esta escalera bajamos en un momento. (*Llévase á Victoria.*)

SEÑORA.—Usted también, don Juan. (*Aparece en la puerta una Hermana con mandil.*)

MONCADA.—¿Yo también? Vamos allá. (*Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la iglesia.*) Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME.—No, señor: las admiraremos sin verlas... cuando nos sirvan el rancho.

MONCADA.—Abur. (*Vase con la Señora por la izquierda.*)

JAIME.—¿Sabes que me da en la nariz olorillo de guisote?

DANIEL.—De componenda quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME.—¿Qué ideas tienes tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL.—No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME.—¡Las leyes, la moral, la religión...! Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL.—Tienes razón. Pero la Naturaleza parece á mí que ha perdido también los papeles, y hace cada disparate... En fin, declaro que me aburro aquí soberanamente.

JAIME.—Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella. (*Dirigese á la puerta de la izquierda.*)

DANIEL.—¿Dónde estará mi madre? (*Como espantado de verse solo.*) No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! (*Al dirigirse al claustro, ve á Cruz y Jordana que llegan despacio, el segundo como enseñando al primero el edificio.*) ¡Ah! ¡el monstruo...! Ya me voy.

JORDANA.—(*Asustado.*)—(¡Daniel aquí!)

CRUZ.—(¡El clérigo!) (*A Jordana, con desabrimiento.*) Y en fin, ¿Para qué me trae usted aquí? (*Daniel y Cruz se miran con rencor.*)

JORDANA.—Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL.—(La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación... Yo quiero matar á ese hombre, ó que él me mate á mí.)

JORDANA (*Como queriendo llevarse á Daniel.*)—Querido Marqués...

DANIEL.—Déjeme.

JORDANA (*A Cruz.*)—Yo creo que con una leal explicación...

CRUZ (*Rechazándole con sequedad.*)—¿Qué sabe usted?

HERMANA (*Que entra presurosa por el claustro.*) Don Manuel, don Manuel, el Prior de San Francisco y seis Padres... Diríjense á la iglesia.

JORDANA (*Muy apurado.*)—Avisé usted... ¿Ha llegado mi familia...? ¿El niño...?

HERMANA.—Arriba están, en el cuarto de la Superiora. (*Vase la Hermana.*)

JORDANA (*Inquietísimo, sin saber á dónde acudir primero.*)—Abajo, la madrina... los de casa, arriba... los frailes, por allá... los convidados, en completa dispersión... el buffet, sin arreglar... éstos, con gana de pelea... (*Oyese repique de campanas.*) El Prior entra... ¡A dónde acudir...! (*Mirando á Cruz y á Daniel.*) ¿Y á mí qué? Mátense en buen hora. (*Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.*)

DANIEL.—Señor Cruz, la casualidad ha vuelto á reunirnos. ¿Quiere usted que resolvamos nuestra querrela por la forma usual del duelo?

CRUZ.—¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL.—¿Pues cuál...? ¿Hay otra?

CRUZ.—Sí: si le encuentro á usted en las inmediaciones de mi casa, le mato...

DANIEL.—Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo á usted. No, señor Cruz: eso es un duelo á estilo de salvajes...

CRUZ (*Después de recapacitar.*)—Pues corrientemente. Batámonos á estilo civilizado.

DANIEL.—Bien.

CRUZ.—Elija usted armas.

DANIEL.—Elijalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues siendo usted tan diestro en todas ellas, es seguro que me matará.

CRUZ.—Así lo creo.

DANIEL.—De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesinato, mejor dicho.

CRUZ.—Y lo dice tan fresco.

DANIEL.—Sí, porque deseo morir. Nada me interesa de la eternidad para acá.

CRUZ.—¿Nada? Usted ama. Quizás es amado.

DANIEL.—¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho...! ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo veo el descanso. Silencio... llegan.

(CRUZ, VICTORIA, GABRIELA, MONCADA, JORDANA, JAIME, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, SEÑORAS y CABALLEROS, que entran por el claustro, entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida al uso del país con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las HERMANAS DE LA CARIDAD, un MONAGUILLO. Suenan el órgano.)

CRUZ (*Retirándose á la izquierda del proscenio como para dejar pasar la comitiva, huyendo del compromiso de unirse á ella.*) ¡Para qué me traerá Jordana á estas mojigangas! Mi salvajismo me subleva... (*Reparando en Victoria.*) ¡Mi mujer! Guapa está en verdad.

EULALIA (*Avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.*)—(Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí?) (*Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve*

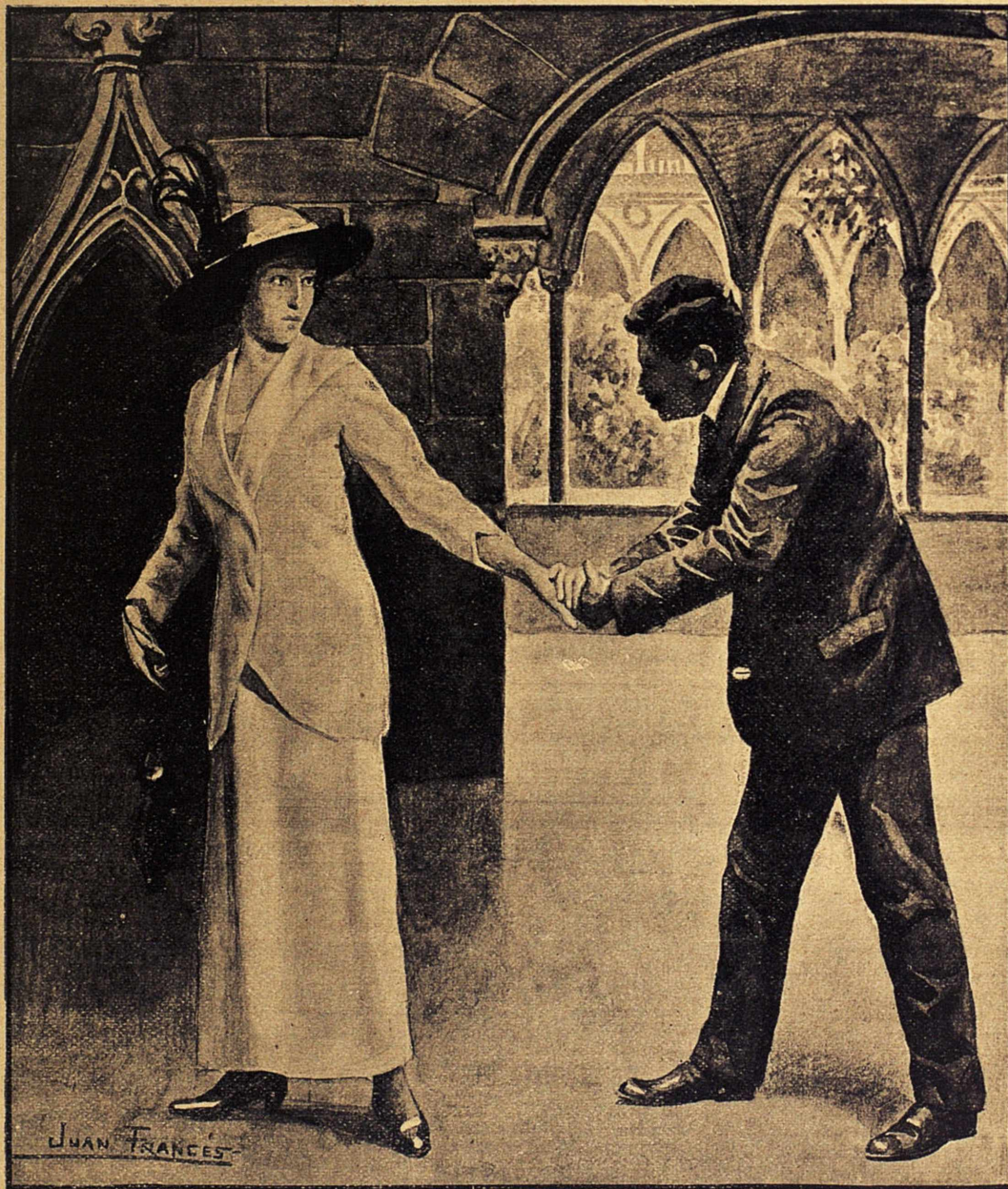
para otro lado, encontrándose frente á la Marquesa.)

MARQUESA (*Mirándole con rencor, también aparte, á distancia conveniente*).—Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres, mal cuadro aquí tu insolencia si no vienes á humillarte y á renegar del Diablo, á quien adoras.) (*Vuélvese Cruz para el otro lado, y ve á Gabriela.*)

GABRIELA (*Aparte*).—(Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas, hasta hacerlas

al otro extremo del proscenio y clava en ella los ojos.) — (¡Mal ceño trae mi pobre monstruo...! Descuida... La loca de la casa está hoy muy inspirada, y te amansará.) (*Rodéanla las señoras y Hermanas de la Caridad. Dirigense á la iglesia. El órgano vuelve á sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados y las Hermanas siguen á Victoria y entran en la iglesia.*)

JORDANA (*A Cruz, indicándole que entre*).—¿Y usted no...?



tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogues.)

CRUZ (*Aparte también, con ira y desprecio*).—(Furibundas vienen hoy estas pécoras.) (*Por las dos señoras mayores*). ¡Y esta mocosa! ¡Qué modo de mirar!

VICTORIA (*Mirando á Cruz, que se ha retirado*

CRUZ (*Displicente*).—No quiero. Me quedo aquí. (*Apártase Jordana algo corrido. Pasan todos á la iglesia, menos Cruz y Moncada.*)

CRUZ.—¿Usted tampoco...?

MONCADA.—Luego que decirte dos palabras.

CRUZ.—Vengan.

MONCADA.—Puesto que la separación es inevitable... Yo lo siento mucho, Pepet, cree que lo siento... ocupémonos de la cuestión legal. Me figuro que con tu mujer no has de ser tacaño, y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro asunto más grave...

CRUZ.—¡ Más grave!

MONCADA.—Podría suceder... no afirmo yo que suceda... pero bien podría suceder...

CRUZ.—¡ Qué?

MONCADA.—Una cosa muy natural, Pepet; que tu mujer, dentro de tres, cuatro meses, cinco á lo más...

CRUZ (*Con febril impaciencia.*)—¿ Qué, hombre, qué?

MONCADA.—Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ.—Don Juan, don Juan, no juegue usted conmigo, no me busque usted el genio... Mire que...

MONCADA.—Hay que prever este caso, Pepet, hay que preverlo...

CRUZ (*Inquietísimo.*)—¿ Pero es verdad...? (*Gritando.*) Victoria... que venga... ¿ Dónde demonios está?

MONCADA.—Modérate, hijo: ten presente lo sagrado del sitio.

CRUZ.—¡ Estoy en mi casa...! (*Como trastornado.*) ¡ Ah! ¡ no! Estoy en el hospital, en este condenado asilo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted... ¿ es cierto que...? ¿ Lo ha dicho usted por broma, por ganas de atormentarme...? Don Juan, sepa usted que no admito bromas... ni de usted ni de nadie las aguanto... Y si es verdad... ¿ Pero usted no comprende que...? ¡ Un hijo, tener un hijo! ¿ Pues para qué me he casado yo? ¿ Por qué trabajo, por qué soy como soy...? Don Juan (*Cogiéndole por las solapas*), no me contento con que Victoria me dé un hijo. Tiene que darme muchos, muchos; y á todos les criaré en el amor de la propiedad, en la religión del tuyo y mío, en el culto sagrado de la contabilidad, en el trabajo... y en todo lo demás que ella quiera.

MONCADA.—Difícil me parece que tengas tantos... Uno quizás...

CRUZ (*Furioso.*)—¡ Pues no faltaba más...! Digo que nos reconciliaremos, y tendré muchos hijos, don Juan, aunque usted se oponga...

MONCADA.—Yo... como oponerme... no.

CRUZ.—Y realizaré el sueño de mi vida, pese á quien pese. Victoria y yo seremos fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, unido al de Moncada; y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y viviran con el esplendor que á su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, y tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, casas, palacios, barrios, ciudades y nuestra casa, nuestra firma, será la primera de Barcelona, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONCADA.—Calma, calma.

CRUZ.—Digo que no hay separación.

MONCADA.—Ella lo desea.

CRUZ (*Pascándose furioso por la escena.*)—¡ Qui-tarme mis hijos, privarme de mi sucesión! (*Llamando á gritos.*) ¡ Victoria...! ¿ Pero cuándo se acaba ese endiablado bautizo...?

MONCADA.—¡ Por Dios, Pepet...! ¡ Qué lengua-je...!

CRUZ (*Gritando.*)—Déjeme usted... ¡ Victoria! Esto es un complot infame... Arrollaré cuanto se me ponga por delante. No respeto nada: ni á usted con sus cañas venerables, ni á ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONCADA.—Le has ofendido gravemente.

CRUZ.—¡ Ceguera de un instante! Soy fácil á la duda, como á la credulidad. Así como en los ne-

gocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente me alucino, veo lo que no existe... se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, don Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la más hermosa creación de la Naturaleza, ó de quien quiera que se ocupe en crear lo que vemos... y lo que no vemos... Don Juan, no me contradiga.

MONCADA.—No, si yo... no.

CRUZ (*Con violencia.*)—Porque no admito que se me contradiga en esto ni en nada; porque yo sé más que nadie; porque estoy dispuesto á demostrar que tengo razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma, sí, señor, la razón...

MONCADA (*Sujetándole.*)—Basta... Pareces un niño... Ya salen.

La comitiva del bautizo sale de la iglesia: primero las HERMANAS DE LA CARIDAD, luego las SEÑORAS y CABALLEROS invitados; JORDANA delante. Siguen JAIME, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, VICTORIA, LA NODRIZA con el niño en brazos.

CRUZ (*A Victoria, dirigiéndose á ella en cuanto la ve.*)—Tengo que hablarte.

VICTORIA.—¿ Ahora?

CRUZ.—¡ Ahora y siempre!

VICTORIA.—¡ Pero qué modos! José María... aquí, en este lugar sagrado, ¿ también escandalizas?

CRUZ.—Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se me antoje.

VICTORIA.—¡ Oh, qué grosería! ¿ Estás loco? Déjame.

CRUZ.—Repito que quiero hablarte.

VICTORIA.—Después.

CRUZ.—Ahora mismo. (*Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo.*)

JORDANA (*Tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria.*)—Señoras y caballeros, ha llegado la hora suprema de la reparación de fuerzas... (*Señalando al buffet, que se ve desde la escena.*) Victoria, usted la primera.

VICTORIA.—Ahora voy.

EULALIA (*A Jordana, que sigue invitando.*) Yo no acostumbro tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORDANA.—Señora Marquesa... Gabriela... (*Van pasando todos á la sala del buffet, quedando solos en escena Cruz y Victoria.*)

CRUZ (*Cogiéndola una mano.*)—¿ Insistes de veras en la separación?

VICTORIA (*Asombrada.*)—¿ Ahora sales con eso...? ¿ Recuerdas lo convenido?

CRUZ.—Sí.

VICTORIA.—¿ Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ (*Con fiereza.*)—¡ Victoria!

VICTORIA.—No, no me impones miedo. Mis resoluciones, cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrancó á la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separa de tí para volverme á la vida religiosa.

CRUZ (*Estupefacto.*)—¡ Otra vez!

VICTORIA.—Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza toda, reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, á instancia del amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa.

CRUZ (*Impaciente, receloso.*)—Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia, y lo conseguirás... Ove. (*Queriendo asirla por un brazo.*)

VICTORIA (*Apartándose.*)—No: perdona... Tengo que entrar un momento en el buffet. Creerian

que es desaire... (*Dirigiéndose al buffet con paso ligero, á punto que sale de él Jordana.*)

JORDANA (*En la puerta del buffet.*) — ¿Pero usted no toma nada?

CRUZ (*Con displicencia.*)—Gracias.

JORDANA.—Está de mal temple.

CRUZ (*Llamándole.*)—Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora de... no sé... vamos, de esto?

JORDANA.—Tales son sus deseos.

CRUZ.—¿Y usted consiente...?

JORDANA.—¿Pues no he de consentir? ¡Y á mucha honra...!

CRUZ.—¡Jordana! (*Amenazador.*) Le juro á usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; y si esta idea de secuestrar á mi mujer llega á ser un hecho, se verá quién es José María Cruz. Pegaré fuego á la casa... y á usted...

JORDANA (*Con dignidad, retirándose.*) — Señor Cruz...

CRUZ (*Procurando dominarse.*)—Perdone usted... No sé... Supongo que todo es broma.

JORDANA.—No lo tengo por tal... Será directora, sí, señor. Y yo tan contento. ¿Ve usted esas habitaciones que aún no están ocupadas? (*Señalando á la primera puerta de la derecha.*) Ahí se instalará.

CRUZ.—¿Ahí? (*Acercándose á la puerta.*) Está bien. (*Llamando.*) ¡Eh...! ¿No hay aquí criados? Que avisen á mi casa para que venga Lluch... y dos ó tres mozos...

JORDANA.—¿Pero qué hace usted?

CRUZ.—Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa, mis libros de contabilidad...

JORDANA.—¿De veras?

CRUZ.—Sí, hombre: aquí me instalo también. Quiero velar por la niñez... Me interesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeños y mañana serán grandes.

JORDANA.—¡Y usted...! (*Entusiasmado.*) Venga un abrazo, señor Cruz.

CRUZ (*Rechazándole.*)—No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, yo también...

JORDANA.—Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ.—Claro, una tontería... Nada: cuatro palabras un tanto vivas, un talón que va y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos; ya no. (*Recorriendo la escena excitadísimo.*) Lo diré á cuantos quieran oírlo... Que me traigan al clérigo, que me traigan á todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad no llegan hasta mí...

JORDANA.—(Nunca le vi tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... será nuestro al fin.) (*Aparece Victoria por el buffet.*) (Victoria... No estorbemos.) (*Pase al buffet.*)

VICTORIA (*Entra, comiendo un bizcocho.*)—¿Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido...! Y comería más.

CRUZ.—Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICTORIA (*Con la boca llena.*)—Me sorprende esta conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ.—¿Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento y mí? Pues ¿por qué existe la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en ti. ¿Qué más quieres?

VICTORIA.—Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie, son una barrera infranqueable que me separa de ti.

CRUZ.—¿Pero qué pretendes? ¿Que me vuelva otro? ¿Soy acaso la Naturaleza, soy yo quien ha

hecho las cosas como son? ¿Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme ó dejarme...? Tú también tienes defectos, Victoria: al menos yo veo defectos en lo que otros ven perfecciones. Eres demasiado religiosa; me acosas, me mareas con tu idea de la caridad, tan distinta de las mías; me sermoneas, me contradices, me abrumas... Y, sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero á pesar de ellos, y quizás por ellos... Acéptame tú á mí con mis asperezas, como yo te acepto á ti con las tuyas... Porque si mis escamas ó alas de dragón infernal te pinchan y raspan y cortan, á mí... el plumaje de tus alas de ángel también me... me punza, me roza, me hierde. (*Retírase á la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase junto á ella en actitud reflexiva.*)

VICTORIA.—(Su carácter no puede cambiar. ¿Podría, acaso, suavizarse un poco...? Para conseguirlo, más valdrá la astucia que la fuerza. (*Observándole.*) No puede vivir sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto, Dios mío, que yo tampoco puedo vivir sin él, sin esta rudeza que me lastima cuando trato de domarla...? Sí: es ley de vida, ley de educación, amar á los que corrigimos.)

CRUZ (*Como asaltado de una idea.*)—Bueno: accedo á la separación, con ta que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICTORIA.—¿Qué, hombre?

CRUZ.—Que...

VICTORIA.—Parece que estás lelo.

CRUZ.—Que quizás me darías un hijo.

VICTORIA (*Afectando indiferencia.*) — ¿Ya fué papá con el cuento?

CRUZ (*Vivamente.*)—¡Luego... es verdad...!

VICTORIA.—No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... (*Bromeando*) un por si acaso...

CRUZ.—¡Victoria... basta de bromas! ¿Es cierto que...?

VICTORIA.—Siéntate...

CRUZ (*Sentándose.*)—Ya estoy.

VICTORIA.—Hablemos claro. (*Coge una silla y se sienta á su lado. Pausa. Expectación de Cruz.*) ¿A cómo lo pagas?

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA.—Eso que tanto deseas... Así hay que tratarte á ti... Al lado tuyo me he vuelto muy merchante, y todo lo cotizo, como tú.

CRUZ (*Inquietísimo.*)—¡Mujer... mira que...!

VICTORIA (*Obigándole á sentarse.*)—Quieto... Los negocios se tratan con calma y frialdad.

CRUZ.—Pero los hijos no sé yo que se hayan cotizado nunca.

VICTORIA.—Los hijos también, sobre todo cuando los padres son como tú. A ver, clarito, ¿cuánto das?

CRUZ (*Irritado, levantándose.*)—Victoria, no me vuelvas loco. Ahora sí te digo que antes se hundirá el firmamento que consentir yo en la separación.

VICTORIA.—No podrás evitarla sino cotizándome también á mí. Vaya, hombre, me vendo. ¿Cuánto das por mí, ahora que seguramente valgo más que antes, mucho más?

CRUZ.—No compro mercancía que me pertenece.

VICTORIA.—¿A que sí?

CRUZ.—Bueno; pues propón tú. El que ofrece el artículo, que manifieste en cuánto lo valora.

VICTORIA.—Pues pido... (*Reflexiona un instante con expresión picaresca.*) pido... Prepárate, que voy á pedir mucho...

CRUZ.—Preparado estoy.

VICTORIA.—Pues... empiezo por una pretensión

muy justa de papá. La perpetuidad por sucesión directa de la casa Cruz-Moncada bien merece que reconozcas como nominativas y pertenecientes á mi padre la quinta parte de las acciones del *Banco Industrial*.

CRUZ (*Vivamente*.) Concedido. (Le daré toda la broza...)

VICTORIA.—Bien.

CRUZ.—Las acciones letra D.

VICTORIA (*Vivamente*.)—No, no: eso no.

CRUZ.—¿Por qué?

VICTORIA.—¿Pero tú te has creído que yo soy tonta, ó que no entiendo de negocios...? Las acciones letra D son lo que llamas broza, porque están gravadas con el canon de Foxá.

CRUZ (*Asombrado*.)—Pero...

VICTORIA.—Andate con cuidado conmigo... Mira que á mí no hay quien me engañe... En fin, las de letra B.

CRUZ (*Haciendo un gran esfuerzo*.)—Sea.

VICTORIA.— Adelante... (*Sonriendo*.) ¡Si vieras...! Grabada tengo aquí la última cantidad que escribí en el libro de la fábrica. ¡Tengo yo una memoria...! Era el saldo á tu favor de la cuenta del último trimestre... ¡Bonita cifra! Beneficio líquido: pesetas 27.433 con 78 céntimos.

CRUZ.—Justo, sí.

VICTORIA.—¡Qué hermosura de trimestre! Parece un sueño, una ilusión...

CRUZ.—Pero no lo es.

VICTORIA.—Pues... ese pico ha de ser para mí.

CRUZ.—¿El pico? ¿Los 78 céntimos?

VICTORIA.—No.

CRUZ.—¡Ah, el pico de 433 pesetas! Bien, hija mía... sí... (*Muy conciliador*) sí. Puedes repartirlo entre los pobres... Sí, sí... concedido. (*Como sintiéndose tranquilizado*.)

VICTORIA.—Siéntate. No me entiendes. Se te ha metido en la cabeza que tu mujer es una simple, una pobre beata que no sabe más que rezar... y... El pico que quiero, que reclamo, es el total: las 27.000...

CRUZ.—¡Y á eso llamas pico! ¡Victoria...! ¿Pero tú sabes...? ¡Si no hay en el mundo pobres para limosna tan co'sal! ¿Acaso piensas salir á un balcón y arrojar el dinero á puñados? ¿Pero qué entiendes tú por picos, desventurada?

VICTORIA.—Sé lo que digo. Si soy una gran hacendista, y sé más, mucho más que tú. Llamo pico á esa cantidad, considerándola en el total de tus ganancias. En la liquidación de Bolsa, por diferencias, á fin de mes has ganado...

CRUZ (*Interrumpiéndole*.)—¿Tú qué sabes?

VICTORIA.—Es que hay en Bolsa un pajarito que viene volando y me lo cuenta todo.

CRUZ (*Burlándose*.)—El Espíritu Santo.

VICTORIA.—Justo: el Espíritu Santo. Le vi en éxtasis, y en el pico llevaba un papelito que decía: Pesetas 257.308, con 23 céntimos.

CRUZ.—Basta. Bueno, mujer; maldigo tus artes infernales, ó celestiales, ó lo que sean; y para que veas que soy conciliador, te doy eso que llamas pico, con tal que cierres el tuyo y no pidas más.

VICTORIA.—Pero si ahora empiezo...

CRUZ.—¿Pero más?

VICTORIA.—Sí; más, más. Pido que concluyas las obras de este santo Asilo.

CRUZ (*Airado, vivo'ento*.)—Mujer... basta... ¿Pero tú te propones dejarme en la miseria? (*Reco- rriendo agitado la escena*.) ¿Concluir esto...? ¿Pero tú sabes...?

VICTORIA.—Sí; conozco bien el plano.

CRUZ (*Nervioso, excitadísimo, mirando hacia el claustro*.)—Pues ahí es una friolera... Falta el ala derecha... falta la iglesia definitiva... con dos to-

rres muy grandes... que llegan hasta el cielo... No, no: imposible... Hija mía, no, no puede ser. Hasta aquí llegué... Ni Cristo pasó de la Cruz, ni esta Cruz pasa de aquí.

VICTORIA.—Pues no podemos entendernos.

CRUZ.—Cierto que no hay manera de entendernos... Mejor... Porque sería mi ruina, y... No, no...

VICTORIA.—Pues, hijo, yo no transijo.

CRUZ.—Ni yo... ni yo tampoco.

VICTORIA.—Rotas las negociaciones.

CRUZ.—Pues rotas... ea...

VICTORIA.—Separación.

CRUZ.—Pues separación... y cada cual por su lado... Pues no faltaba más.

VICTORIA (*Dándole el sombrero y señalándole la salida*.)—Estoy en mi casa Toma... por allí se sale...

CRUZ (*Toma el sombrero y luego lo deja*.)—Victoria... aguarda... oye... Busquemos una transacción. Daré á Jordana una cantidad...

VICTORIA (*Con energía*.)—No, no: has de terminar por tu cuenta el edificio, cueste lo que cueste.

CRUZ.—No, no, no... Yo estoy loco... Victoria, oyeme... ¿No podríamos...?

VICTORIA (*Sentándose*.)—¿Qué?

CRUZ.—Encontrar un medio, una fórmula... simplificando las obras, modificando el plano y el presupuesto...

VICTORIA.—Han de ser como está proyectado.

CRUZ (*Pateando*.)—¡Por vida de...! Pero, mujer, siquiera... ¿A qué esas dos torres? Con una basta... y chiquita... y dé ladrillo.

VICTORIA.—Han de ser dos, y de piedra, y grandes, grandes... y en los cimientos de la iglesia una cripta...

CRUZ.—¡Una cripta!

VICTORIA (*Cariñosamente*.)—Sí, en la cual labraremos nuestros sepulcros: el tuyo, y el mío y los de nuestros hijos; y cuando muy viejecitos ya, cargados de años y de méritos, nos muramos...

CRUZ.—Nos enterrarán allí...

VICTORIA.—Sí... yo así. (*Indicando la actitud de una estatua yacente*); tú á mi lado.

CRUZ.—Eternamente juntos...

VICTORIA.—Nuestros huesos, que las almas... En el cielo estará la mía.

CRUZ.—La mía también... ¿Eh? qué crees... Me co'aré como pueda... Sobornaré á San Pedro...

VICTORIA.—Sí: bueno estás tú para sobornar. En fin...

CRUZ (*Trastornado*.)—Victoria... me fascinas... me enloqueces, me... Considera... yo, yo, como jefe de la familia; yo, el padre, debo velar por la propiedad, por los intereses.

VICTORIA (*Levantándose orgullosa*.)—¡Ah! no... eso es una antigualla. Dios me ilumina, y me dice que las madres gobiernan el mundo.

CRUZ.—¡Las madres!

VICTORIA (*Con brío*.)—Sí... Basta. Sométete... pero en absoluto, sin condiciones... Silencio...

CRUZ.—Pero, por Dios, no lo digas á nadie. Guarda el secreto de mi conquista. Me avergüenzo de la traición que hago á mi carácter.

VICTORIA.—Déjame á mí. Soy tu ángel bueno... No temas... Ea, vengán todos acá. (*Gritando*.) ¡Papá, Gabriela, Florentina, Jordana!

(*Llegan Moncada, Gabriela, Doña Eulalia, la Marquesa, Daniel, Jaime, Jordana*.)

VICTORIA.—Mi marido y yo hemos resuelto terminar las obras de este gran edificio... (*Asombrado en todos*.)

JORDANA.—Milagro, milagro... ¡Eh! que venga el organista... los chiquillos á entonar el himno...



Música, cohetes. (*Sale disparado por el fondo.*)

VICTORIA (*Aparte á Moncada.*)—Papá, todo conseguido... (*A la Marquesa, en voz alta.*) Florentina, alegrarse. La finca volverá á ser de usted...

MARQUESA.—¡Dios te bendiga! (*Le abraza llorando.*)

MONCADA.—Eres hombre vencido y domado. Victoria hace de ti lo que quiere.

CRUZ.—Eso no. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser lo que soy. Es que teniéndome por indomable, me agradan los latigazos de la domadora. Ni yo puedo vivir sin ella, ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese.

VICTORIA (*Con arranque.*)—Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer... ni podríamos vivir.

FIN DE LA COMEDIA

Benito Pérez Galdós

Lo mejor para el pelo



A.Ehrmann.

¿Quereis mantener el cabello
siempre limpio, sedoso,
perfumado y brillante?
Usad el Petróleo **GAL**

Números publicados de "LOS CONTEMPORÁNEOS",

1. Joaquín Dicenta: *El Lobo*.
2. M. Linares Rivas: *Querer y no querer*.
3. Francisco Acebal: *Kosas místicas*.
4. Alberto Insúa: *Amor prohibido*.
5. Gabriel Miró: *La palma rota*.
6. Felipe Trigo: *El cinico*.
7. E. Ramírez Angel: *El duende*.
8. José Francés: *Alma cansada*.
9. E. Marquina: *La pasión de Mister Castle*.
10. Miguel A. Ródenas: *Humo de hogar*.
11. Santiago Rusiñol: *El patio azul*.
12. A. de Hoyos y Vinent: *Bohemia triste*.
13. Pablo Parellada: *Ciudad muerta*.
14. José Jesús García: *La aparcera*.
15. Condesa de Pardo Bazán: *Finafrol*.
16. A. Larribien: *...No nos dejes caer en la tentación*.
17. Antonio Zozaya: *El pequeño Edison*.
18. Rafael Leyda: *Veraneo sentimental*.
19. G. Martínez Sierra: *La selva muda*.
20. Eduardo Marquina: *El secreto de la vida*.
21. Francisco F. Villegas (Zeda): *Rosario*.
22. Francisco Antón: *Llanura*.
23. Felipe Trigo: *Mi prima me odia*.
24. Gabriel Miró: *El hijo santo*.
25. Eduardo Zamacois: *Rick*.
26. Luis Bonafoux: *De mi vida y milagros*.
27. Ramón Pérez de Ayala: *Sonreía*.
28. Joaquín Dicenta: *El sino*.
29. Javier Valcarlos: *Geórgica*.
30. Prudencio Canitrot: *El camino de Santiago*.
31. Pedro de Répide: *Paquito Candil*.
32. Silverio Lanza: *Los gusanos*.
33. José Laserna: *La Rebelión*.
34. M. Linares Rivas: *Enrique y el alma de Enrique*.
35. A. Martínez Olmedilla: *En coche de plata*.
36. Felipe Trigo: *Así paga el diablo*.
37. Joaquín Dicenta: *Idos y muertos*.
38. Antonio de Hoyos y Vinent: *Mandrágora*.
39. Eduardo Zamacois: *Los ojos fríos*.
40. Salvador Rueda: *El salvaje*.
41. Manuel de Mendivil: *Sara la loca*.
42. José Francés Rodríguez: *El primer actor*.
43. Antonio Zozaya: *La noche grande*.
44. Eduardo Muñoz: *José "El Cabezota"*.
45. Ceferino Palencia: *Cosas de mi vida*.
46. José Francés: *El redentor*.
47. Andrés González Blanco: *El culpable*.
48. Gabriel Miró: *Amores de Antón Hernando*.
49. Mauricio L. Roberts: *La visita al Paraíso*.
50. Arturo Reyes: *La Miraflores*.
51. Serrano de la Pedrosa: *La viudita gallega*.
52. Antonio de Hoyos y Vinent: *La torería*.
53. Eduardo Zamacois: *La caída*.
54. Blanca de los Ríos: *Los diablitos azules*.
55. Arturo Gómez Lobo: *La sima del misterio*.
56. Rafael Leyda: *Castillos en España*.
57. Carmen de Burgos: *El veneno del arte*.
58. Manuel de Mendivil: *Mal de ojo*.
59. Benigno Varela: *Las dos bombas*.
60. Luis G. Huertos: *Misericordia errante*.
61. Felipe Trigo: *Mi media naranja*.
62. J. Delgado Carrasco: *Atado al dolor*.
63. E. Ramírez Angel: *Al borde de la vida*.
64. Augusto Martínez Olmedilla: *Redimida*.
65. Eduardo Zamacois: *El hijo*.
66. José Rocamora: *Amor y dolor*.
67. Manuel de Mendivil: *La crueldad del amor*.
68. Pedro de Répide: *Curiosa y donosa historia del Duende de la Corte*.
69. M. S. García-Vao: *El corazón de un torero*.
70. Leopoldo López de Saa: *Avispilla*.
71. Eduardo G. Gereda: *El doctor Rodríguez*.
72. Pedro Luis Gálvez: *La chica del tancero*.
73. Luis Valera: *El templo de los deleites clandestinos*.
74. C. José de Arpe: *Carne y alma*.
75. M. Aguirre de Cárcer: *La pasión de Carolina*.
76. Jesús Castellanos: *La Maniqua sentimental*.
77. Luis Antón del Olmet: *La postrera salida de Don Quijote*.
78. Sinesio Delgado: *El paje de la Condesa*.
79. A. de Hoyos y Vinent: *Bestezuela de amor*.
80. Miguel Sawa: *La ruta de Judith*.
81. Rafael Leyda: *Del Acueducto al Alcázar*.
82. A. Martínez Olmedilla: *El camino derecho*.
83. Mauricio López Roberts: *La aventura*.
84. Benigno Varela: *¡Traidores!*
85. Felipe Trigo: *La Sombra*.
86. Pedro Luis de Gálvez: *Las hembras de las Vistillas*.
87. A. Larribien: *Histeria de un hombre formal*.
88. Emilio Carrère: *Más que amor*.
89. Mariano F. Conde: *Morapio*.
90. Silvio Castellano: *La Claveles*.
91. Vicente Díez de Tejada: *El enemigo malo*.
92. Manuel de Mendivil: *A medias mieles*.
93. "¡Go ahead!": *Campos sui...*
94. Vicente Díez de Tejada: *Eros*.
95. E. Gutiérrez Gamero: *La venganza de Elvirita*.
96. A. G. de Linares: *Las jornadas de un escéptico*.
97. "Sufre y ama": *El llanto de los hombres*.
98. Abelardo Bassi: *Empezando a vivir*.
99. Melchor Almagro: *Primavera en la nieve*.
100. A. M. Menéndez Valdés: *El pícaro don Lolo*.
101. Felipe Trigo: *A prueba*.
102. "Los Caprichos": *Aquelarre*.
103. "Del mar perdidos en la azul grandeza": *La vena del hierro*.
104. "Silóé": *Hacia el amor*.
105. P. Luis de Gálvez: *La santita de Sierra Nevada*.
106. Número extraordinario.
107. "Por no aprender 'as sublimes tonterías del hogar": *¡Angelitos al cielo!*
108. Luis Lechuga: *Pavulo*.
109. Manuel de Mendivil: *El telón cae*.
110. Manuel Aguirre de Cárcer: *La Princesa*.
111. M. Linares Rivas: *La cobardía de los dioses*.
112. Emiliano Ramírez Ange: *Santiago el Verde*.
113. Mariano F. Conde: *A sangre fría*.
114. Luis Antón del Olmet: *La viudita soltera*.
115. Benigno Varela: *Libertada*.
116. Augusto Martínez Olmedilla: *El rescate*.
117. A. G. de Linares: *Las jornadas de un sentimental*.
118. Arturo Gómez Lobo: *Los desterrados*.
119. Rafael Leyda: *Mi cura de agua*.
120. M. Serrano García Vao: *La segunda alternativa*.
121. A. González B'anco: *La hora del abandono*.
122. A. de Hoyos y Vinent: *Las cortes de la muerte*.
123. Manuel María Guerra: *De la sierra brava*.
124. E. Gutiérrez Gamero: *El placer del peligro*.
125. Manuel de Mendivil: *El mal camino*.
126. Federico Trujillo: *La sangre del mártir*.
127. Condesa de Pardo Bazán: *La gota de sangre*.
128. Prudencia Iglesias: *El beso de la hebra*.
129. Vicente Díez de Tejada: *Como las hojas...*
130. José García Mercadal: *El viajero del siete*.
131. Luis Antón del Olmet: *Un sol bárbaro muere*.
132. E. Andicoberry Ruiz: *Pepiño "Er Divino"*.
133. A. de Castanedo: *Sofñar en vida y despertar en muerte*.
134. Manuel Linares Rivas: *La garra del tigre*.
135. Mario Jiménez Laá: *La muñequita rubia*.
136. Vicente Díez de Tejada: *La araña*.
137. "Amichatis": *El pequeño Nerón*.
138. Leocadio Machado: *La fantasma*.
139. Carlos de Larra: *Charito Verjeles*.
140. Eduardo García Enterría: *Cómo nace el hastío*.
141. R. Villanueva: *Del claustro á la era*.
142. M. S. García Vao: *La voluntad de un torero*.
143. "E' Señor del Consuelo": *Sic fata volucunt*.
144. José Manuel Benedicto: *Masaniello*.
145. Manuel de Mendivil: *La última etapa*.
146. Jacinto Benavente: *Para que el gato sea limpio*.
147. A. M. Menéndez Valdés: *El bravo Madrileño*.
148. Bernardo Morales San Martín: *El espectro*.
149. Federico Reaño: *Amor burlón*.
150. Fernando Azea y Fa'ueras: *Lejos de la dicha*.
151. Rafael Leyda: *El sueño de unas noches de verano*.
152. Ismael Sánchez Estevan: *La carrera de Alhama*.
153. A. Martínez Olmedilla: *La atracción del abismo*.
154. A. G. de Linares: *Las jornadas de un abúlico*.
155. A. González Blanco: *La rubia del paseo*.
156. Luis Antón del Olmet: *Vaho de madre*.
157. Francisco Moya: *¡Ay, amor, cómo nos has puesto!*
158. Por el amor al dolor: *La Emperatriz sonrie*.
159. E. Ramírez Angel: *El risiñón de los suspiros*.
160. Mario Ruiz: *La hija de Anfítrite*.
161. Alberto Marín: *La novia primavera*.
162. Juan José Lorente: *La canción de la vida*.
163. José María Ballester: *Cómo empieza la vida*.
164. Manuel de Mendivil: *El encanto de la Sirena*.
165. J. Arzadún: *Chelina*.
166. J. Rodríguez Aguilar: *Amanola*.
167. Gloria de la Prada: *El cantar de los amores*.
168. Jesús R. Coloma: *Celestina y mártir*.
169. Vicente Díez de Tejada: *La nueva sinfonía*.
170. Manuel Serrano García Vao: *El torero y la bienaventura*.
171. Carmen de Burgos (Colombine): *Siempre en tierra*.
172. Eugenio de Gorbea: *Jaime y Jaimín*.
173. Condesa Pardo Bazán: *Arrastrado*.
174. Alberto Insúa: *El alma y el cuerpo de Don Juan*.
175. Domingo de Santoval: *Pin ó el perro sabio*.
176. Joaquín Belda: *Monsieur Curraeu, modisto*.
177. A. de Hoyos y Vinent: *Los héroes de la Puerta del Sol*.
178. Gutiérrez Gamero: *La pasión villana*.
179. A. Martínez Olmedilla: *El más allá*.
180. Arturo Reyes: *Sangre torera*.
181. Rafael Leyda: *La toga entrante*.
182. Manuel de Mendivil: *La mala racha*.
183. Luis Antón del Olmet: *¡Quiero que me ahorquen!*
184. Eduardo Marquina: *La anuesta*.
185. José Francés: *El hijo de sí mismo*.
186. Fernando Mora: *El portillo de San Dámaso*.
187. Andrés González Blanco: *El pianista*.
188. Waldo A. Insúa: *El milagro*.
189. Vicente Díez de Tejada: *Sin polo ni medra*.
190. Diego San José: *Añoranzas de Don Alvaro*.
191. Gabriel Miró: *La señora los sueños y los otros*.
192. José Francés Rodríguez: *El quite*.

194. Cristóbal de Castro: *La Gran Duquesa*.
 195. Gómez Carrillo: *La leyenda de San Pakomio*.
 196. López Pinillos: *El Chiquito de los queibros*.
 197. Francisco Villaespesa: *Las joyas de Margarita*.
 198. A. Larrubiera: *Del barrio de la manolía*.
 199. Manuel de Mendivil: *La aventura sentimental*.
 200. Andrés González Blanco: *Un drama en Episcópolis*.
 201. Domingo Santoval: *Mi primera conquista*.
 202. Rafael Leyda: *Su primer novio*.
 203. Felipe Trigo: *El papá de las bellezas*.
 204. Luis Antón del Omet: *La verdad en la ilusión*.
 205. Gutiérrez Gamero: *La canción del sauce*.
 206. Alberto Instia: *Aguas termales*.
 207. A. Martínez Olmedilla: *El derecho á ser feliz*.
 208. A. de Hoyos y Vincent: *Una aventura de la condesa*.
 209. Fernando Mora: *A orillas del Manzanares*.
 210. Eduardo Andicoberri: *Más que hembras*.
 211. Cristóbal de Castro: *Lás de Corinto*.
 212. Arturo Reyes: *Oro de ley*.
 213. Antonio Andión: *Historia de Juglería*.
 214. José de Elola: *La nietecilla*.
 215. Juan Arzadún: *El Caserío y la Trainera*.
216. Luis Bello: *Una mina de oro en la Puerta del Sol*.
 217. Ramón Solano: *Canas, muletas y amor*.
 218. Jacinto Benavente: *Los intereses creados*.
 219. Francisco Molina Escribano: *Retorno de Mota*.
 220. Luis de Terán: *La intelectual*.
 221. M. Linares Rivas: *El mismo amor*.
 222. Condesa Pardo Bazán: *La muerte del Poeta*.
 223. Jacinto Benavente: *La fuerza bruta*.
 224. E. Gutiérrez Gamero: *El equilibrista*.
 225. Alvarez Quintero: *Pepita Reyes*.
 226. Alfonso Pérez Nieva: *Fray Jerónimo*.
 227. J. Dicenta: *Juan José*.
 228. M. R. Blanco-Belmonte: *Mataruguito*.
 229. Manuel Linares Rivas: *El abolengo*.
 230. Pedro Alarcón: *El clavo*.
 231. Eduardo Zamacois: *Manejo de cuentos*.
 232. Jacinto Benavente: *Primero y segundo acto de Lo cursi*.
 233. Idem.: *Tercer acto de Lo cursi, y el Marido de la Tellez*.
 234. Fernando Periquet: *Naufragio y salvamento*.
 235. Pérez Galdós: *Primero y segundo acto de La loca de la casa*.

El 11 de Julio publicaremos
Cuentos estrafalarios
 de ayer y mañana } por José de Elola

Seguirán:
 “Entre breñas” DE ARTURO REYES
 “Vida de pícaro” DE DIEGO SAN JOSE

FOTOGRAFADO
 TRICOLOR · BICOLOR · DIRECTO
 LINEA · ZINCOGRAFIA
 SUGS. DE E. PAEZ
 ILUSTRACIONES
 OBRAS Y REVISTAS
 QUINTANA 33 · MADRID.

Agencia de.. **ALREDEDOR DEL MUNDO**
 “LOS CONTEMPORANEOS”
 Y “LOS MAESTROS”

Suscripción y venta
 de números ecrien-
 tes y atrasados de...

EN NUESTRA AGENCIA INTERNACIONAL
LIBRERÍA DE ROMO ALCALÁ, NÚM. 5
 MADRID

STECK PLANOS



LA ELECCION DE UN PIANO

La casa "STECK" fué fundada en América por Jorge Steck, cuya competencia en materia de fabricación de pianos fué oficialmente apreciada y reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos. Perfeccionados de generación en generación sus productos, no tardaron en ser consagrados. Así se explica que, en la Exposición Internacional de Viena, el piano "STECK" obtuvo la única Medalla de Oro conferida á estos instrumentos por el Jurado, á pesar de la encarnizada competencia de las marcas extranjeras. Cuando la gran Orquesta de Nibelungen, de Bayreuth, quiso ofrecer á Ricardo WAGNER un testimonio de su veneración, fué el piano "STECK" el elegido para regalárselo al gran maestro, y fué tal su entusiasmo, que se apresuró á hacérselo tocar á su pariente, el gran LISZT, quien igualmente quedó encantado, y ponderó la magnificencia del piano "STECK". Basándose en estos antecedentes, al tener que elegir un piano, no puede dudarse en optar por los pianos "STECK", puesto que en estos instrumentos se encuentran aunadas las más excelentes condiciones de solidez y precisión, y cuantos perfeccionamientos artísticos puedan exigir los más escrupulosos virtuosos del piano.

Única agencia de los pianos "STECK" en España

SALON ÆOLIAN

R. CAMPOS

Calle de Nicolás María Rivero, 11

MADRID

EL CATÁLOGO G SE ENVÍA FRANCO A QUIEN LO SOLICITE
PRECIOS AL CONTADO Y Á PLAZOS